PROMETEO

Y EL SECRETO DEL FUEGO



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Bàrbara Matas Bellès
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8649-9
Depósito legal: B 20902-2016

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Yo fui el atrevido que libré a los mortales de
ser aniquilados y bajar al Hades. Por ello, estoy
sometido a estos sufrimientos, dolorosos de padecer,
compasibles cuando se ven. Yo, que tuve compasión
de los hombres, no fui hallado digno de alcanzarla
yo mismo, sino que sin piedad de este modo soy
corregido, un espectáculo que para Zeus es infamante.*

Prometeo encadenado, Esquilo, vv. 235-242

Dramatis personae

La estirpe de los titanes

Prometeo – titán de la segunda generación; previsor, comprende el papel de los mortales en la creación.

Epimeteo – titán irreflexivo y torpe hermano de Prometeo que vive a la sombra de este.

Jápeto – titán hermano de Crono, le transmitió a su hijo Prometeo su preocupación por los mortales.

Atlas – titán comandante de las fuerzas de Crono, fue castigado por Zeus a sostener eternamente la bóveda celeste sobre sus espaldas.

Quirón – centauro inmortal, hijo de Crono, herido accidentalmente por Hércules cuya llaga no sana jamás.

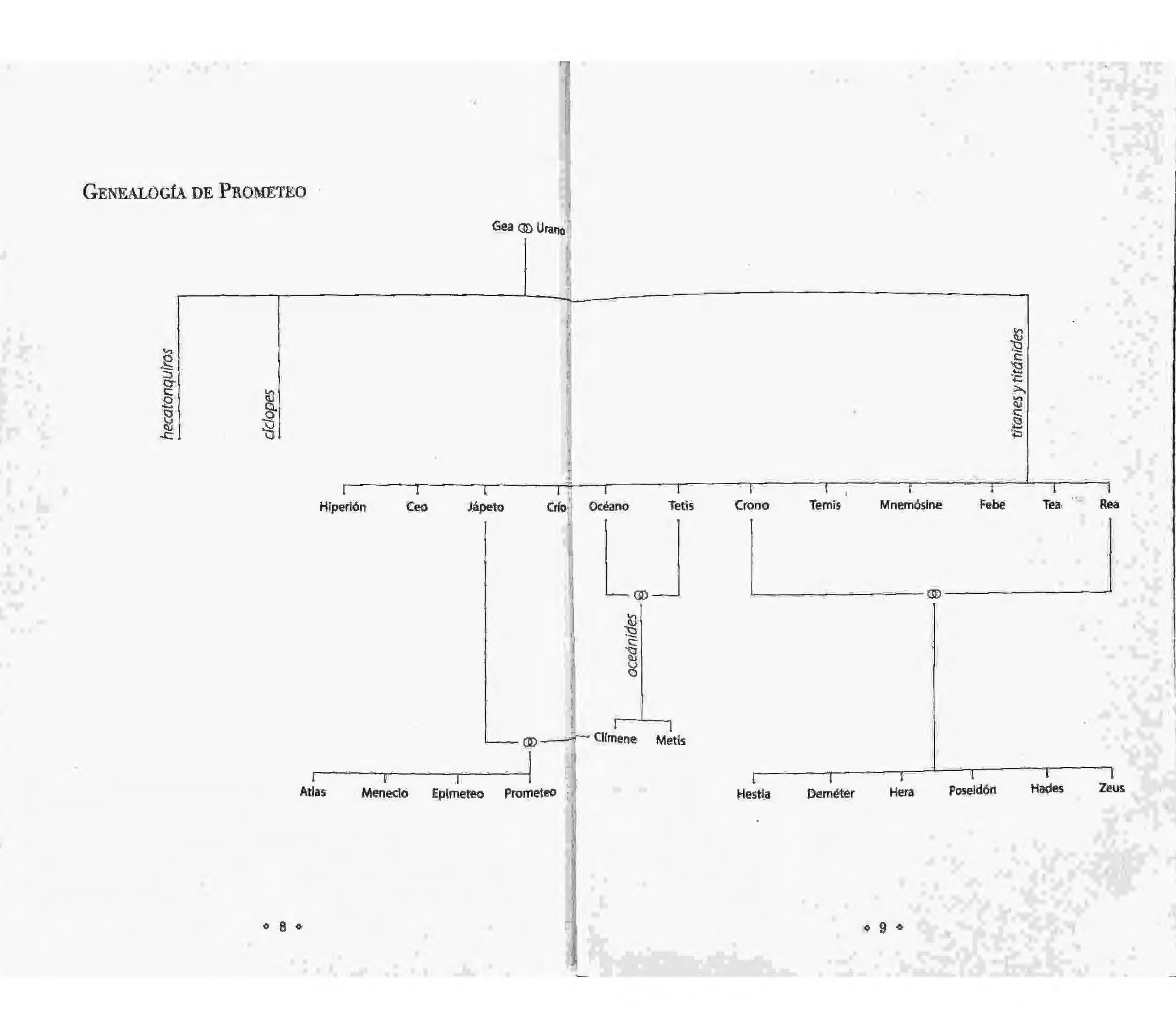
La estirpe de los olímpicos

Zeus – soberano celestial; emprendió la tarea de darle su forma definitiva al mundo.

Hefesto – dios herrero al que su padre Zeus encarga obras colosales que siempre ejecuta con diligencia.

Hércules – hijo ilegítimo de Zeus, conocido por su asombrosa fortaleza, que recorre el mundo realizando trabajos heroicos.

Genealogía de Prometeo



1

El hombre que observaba el cielo de la noche

Los copos de nieve golpeaban su cara con violencia y se clavaban en su carne como esquirlas de roca esparcidas por el viento de la tarde. A su alrededor, un manto blanco cubría la tierra con su gélido abrazo, haciendo que árboles, senderos y barrancos aparecieran ante sus ojos formando un paisaje irreal, uniforme, donde pequeños destellos azulados se encendían y apagaban siguiendo el ritmo de las nubes que, intermitentemente, tapaban con su movimiento la luz de la luna.

La tierra parecía dormida, como atrapada por una noche perpetua, y solo el canto del viento rompía de vez en cuando el silencio del valle. Los animales, cubiertos de pieles que su propio cuerpo criaba, se protegían en grutas abrigadas, en madrigueras excavadas con sus potentes uñas o entre el espeso follaje de grandes árboles nacidos de la tierra. Mas ellos, el pequeño clan de seres erguidos que caminaban

semidesnudos en busca de una grieta en la pared de la montaña, se veían obligados a moverse casi cada día para buscar abrigo y alimento, y, cada día, eran hostigados, atacados, diezmados por bestias más fuertes que ellos, más veloces, más certeras y mejor adaptadas a ese mundo recién ordenado, cuyo suelo conservaba todavía las tremendas huellas de la batalla librada por los dioses. Aquella segunda raza de seres mortales había sido creada por el soberano celeste, después de que la primera, que había nacido de la tierra misma, se extinguiera durante la guerra.

Avanzaban despacio, hundiéndose en la nieve, haciendo el esfuerzo de desenterrar sus pies a cada paso, mientras el frío helaba el sudor de sus pechos y aterrorizados por la única verdad que eran capaces de comprender: su propia debilidad. Cada ruido los sobresaltaba; cada cambio en la luminosidad de la luna les hacía dirigir sus ojos hacia el cielo, escudriñar los oscuros pozos que las nubes descubrían sobre el negro y lejano techo de la noche, tachonado de unas pequeñas luces que no caían sobre ellos, antorchas encendidas cuyo fuego ardía incomprensiblemente hacia abajo.

Uno de ellos emitió una sucesión de gruñidos y aceleró un poco el paso. Delante de él, tapada por un tronco derrumbado, una gran grieta dibujaba su oscura silueta sobre la brillante pared de roca. El viento les daba en la cara, azotaba con furia sus cuerpos, pero, a medida que se acercaban a la pared, su violencia parecía disminuir, detenida por la inmensa mole de piedra que se alzaba delante de ellos. Los ronquidos se generalizaron, sonidos guturales, gruñidos, murmullos que el silencioso tapiz del ocaso amplificaba y transmitía a través del valle. Algunos comenzaron a correr,

tropezando sobre la nieve, pues una excitación irreprimible los había poseído de repente.

Se detuvieron al llegar a la entrada de la montaña. Escudriñaban el hueco, inclinaban la cabeza a un lado y a otro, intentando barruntar con todos sus sentidos alguna señal de peligro, alguna amenaza oculta en el interior de la negra abertura; olisqueaban el aire, se tocaban unos a otros para contener el impulso de correr hacia el interior.

Uno se adelantó entonces, despacio; su cuerpo temblaba, sus ojos eran dos engañosos faros, sus piernas, dos resortes preparados para sostener el miedo y estallar en el momento de iniciar la huida. Llegó a la entrada y pareció destensarse poco a poco. Se volvió y emitió un gruñido grave, profundo; su rostro se iluminó un momento, mecido por un hilo de luz blanca: sus ojos eran dulces, sus pómulos casi redondeados; movía la boca como si quisiera controlar el sonido que salía de su garganta, y todo su gesto intentaba transmitir a los demás miembros del grupo una caricia de tranquilidad. Cuando se internó en el interior de la cueva todos lo siguieron confiados, convencidos de que, una vez más, aquel hombre los había guiado hacia un lugar seguro, una gruta en la que sobrevivir al cúmulo de peligros que, sin tregua, los perseguía cada día.

En el interior hacía mucho frío. Las paredes rezumaban gotas de agua que se fijaban a un musgo húmedo, denso, cargado de lágrimas de hielo. Se adentraron despacio, sobresaltándose ante cada ruido, temiendo ser sorprendidos en cualquier momento por el ataque de una de las muchas fieras que poblaban el mundo, y se alimentaban de seres más débiles. Se arremolinaron en torno al hombre que había

entrado primero, juntaron sus cuerpos, se abrazaron unos a otros intentando transmitirse algo de calor, de confianza y de seguridad. Constituían un grupo informe: torsos que tiritaban de frío, de miedo, ojos entornados, oídos expectantes, miembros encogidos, como si aquella cueva también fuera, como cualquier otra, el útero de una madre hostil.

Poco a poco la noche se apoderó del mundo. Los escasos flecos del sol de la tarde se fueron difuminando y en el interior de la oquedad se hizo la oscuridad y el silencio. Solo se oía la respiración entrecortada de aquellos hombres que trataban de pasar inadvertidos.

De vez en cuando un rugido lejano penetraba en la cueva. Los hombres se estremecían entonces, gruñían a hurtadillas, emitían ligeros quejidos que intentaban ocultar su espanto, y miraban hacia la entrada imaginando el oscuro rostro, el amarillento destello de los ojos de alguna fiera deseosa de carne.

Los sonidos del exterior se deformaban al rebotar en las paredes, haciendo creer a aquel grupo de hombres que en las rocas habitaban las voces perdidas de amenazas de otro tiempo, cuyos espíritus convocaban a sus hermanos vivos al festín de la caza y de la sangre.

En medio de todos ellos, el mismo que los había conducido al interior de la caverna parecía más tranquilo. Separado del resto, tenía los ojos clavados en la nada, como si su comportamiento se rigiera por algo más que el instinto. Algunas veces, los demás miembros del grupo lo observaban con recelo, pues emitía extraños sonidos, balbuceaba monótonos susurros que nadie lograba comprender. En las noches claras salía de la cueva que a la sazón les servía de refugio

y clavaba sus ojos en el cielo de la noche, como si escudriñara la silueta cambiante de la luna o el misterioso crepitar de las luces que, como lejanos e inmóviles insectos, tachonaban la negra bóveda nocturna.

Cuando regresaba de aquellas salidas solitarias, su rostro adoptaba un gesto que los demás hombres no eran capaces de entender ni de imitar; arrugaba la frente, sus ojos se perdían en un vacío lejano y, a veces, se cerraban largo rato, como si pudieran ver en la oscuridad de su mente lo que no eran capaces de captar a la luz del día. En esos momentos, los demás se retiraban inquietos, convencidos de que en el interior de aquel compañero habitaba algún ser silencioso.

Aquella noche no había salido de la gruta. Fuera, el viento arreciaba y, a lo lejos, los primeros mugidos del toro del cielo empezaban a atronar la tierra. Todos temían aquella señal del dios de la tormenta, el amontonador de nubes, al que invocaban con una sucesión de sonidos que aludían a la brillante y cegadora luz del rayo. Se arrimaron más unos a otros, buscando la protección de sus cuerpos, e invocaron al dios del relámpago, a la feroz deidad que, desde el interior de las nubes, castigaba a los seres de la tierra con la terrible devastación de su rayo.

—*¡Dieu! ¡Dieu!* —gritaban agitando sus brazos, inclinando sus cabezas, implorando que los mugidos del cielo se alejaran deprisa.

Mas cuando la cólera del dios se asomaba a la tierra, el hombre que observaba el cielo de la noche adoptaba una actitud de guardia, expectante. En su interior había comprendido que el rayo no solo destruía la tierra y calcinaba árboles y animales, sino que, algunas veces, cuando el arma

del dios tocaba el suelo, las llamas anidaban en la madera de los árboles, en las cañas de los juncos o en el tallo de los matorrales. Su rostro se iluminaba entonces, como si el fuego le inspirara, y su luz y su calor llenaran su instinto de esperanza. Corría entonces hacia lugares elevados para encontrar algún indicio, alguna prueba de que el fuego había arraigado en algún lugar de la tierra. Oteaba sin descanso, tenso, con los sentidos alerta, y obligaba a los demás a clavar sus ojos en el horizonte en busca del humo, de la señal que anunciara la presencia de aquel regalo del dios de la tormenta.

Cuando la huella del fuego llenaba el cielo con su efímera presencia, él buscaba el lugar de donde nacían las llamas y cogía una pequeña muestra, una rama incandescente, un tizón encendido, y lo guardaba en el seno de un tallo que introducía en el interior de una hornacina hecha con huesos de animal. Escondía la pequeña llama como un tesoro del que dependiera más que su propia vida; la alimentaba con pajitas secas, restos de ramaje, sin dejar que se apagara. Obligaba a los demás a velar también por ella, pues estaba convencido de que, en esa luz ardiente, en ese regalo que el gran dios enviaba a la tierra, se escondía el secreto de su supervivencia.

Mas, en ocasiones, la llama moría delante de ellos. Unas veces porque el encargado de alimentarla dejaba de hacerlo; otras, inexplicablemente, cumpliendo lo que todos creían que era el deseo del gran dios. Entonces, el hombre que observaba los cielos arrugaba la frente, clavaba los ojos sobre la tierra y se dirigía a los demás con exclamaciones incomprensibles.

Cuando el fuego se extinguía, la oscuridad inundaba las cuevas de noche; volvían los demonios, los espectros llenaban



Aquellos hombres invocaron al dios que los castigaba con la devastación de su rayo.

con sus voces estridentes cada rincón y el frío lo atacaba todo, como un helado puñal que se clavara para siempre en los entumecidos miembros de los hombres. El hielo se hacía fuerte en las umbrías, el vaho producido por sus bocas se elevaba hacia el techo de las grutas formando escarcha en el vello de sus caras. Un húmedo silencio lo envolvía todo.

Al amanecer, cuando el disco del cielo lanzaba sobre la tierra algo de luz y de calor, los hombres organizaban extrañas ceremonias, danzaban alrededor de teas apagadas, imploraban al dios de la tormenta, al toro del cielo, para que lanzara sobre aquellos maderos ennegrecidos alguna chispa que los hiciera arder. Incansables, gritaban mirando al cielo y observaban el rostro azul del techo del mundo, esperando que el gran dios los complaciera.

Mas, en el cielo, aquel dios tenía otras preocupaciones. Observaba el mundo, el curso de los ríos y las mareas de los océanos, contemplaba la carrera o el ataque de los animales, se complacía en ver serpentear los arroyos por las vertientes de las montañas y en sobrevolar las cumbres de las cordilleras. Intentaba fijar los límites entre los territorios del cielo, de la tierra y el mundo subterráneo, y cada día se esforzaba por estar en acuerdo con sus dos poderosos hermanos: Poseidón, dios de las aguas, el que abraza las tierras, y Hades, señor del inframundo, soberano del mundo de los muertos.

Debajo del reino de Hades, a una distancia infinita, en la boca del pozo en cuyo fondo bulle la nada, el gran dios del cielo, el poderoso amontonador de nubes, había creado una cárcel ingente, donde habrían de pasar toda la eternidad una multitud de seres desmedidos, de monstruos amenazantes que habían sido derrotados por completo en la guerra de los

titanes. Las batallas habían enfrentado a seres inmortales, pero la tierra, el hogar de las criaturas mortales, conservaría para siempre las huellas de ese colosal enfrentamiento: valles profundos agrietados por los golpes de armas aterradoras, volcanes surgidos tras el impacto de gigantescas piedras utilizadas como proyectiles, aguas desbordadas, desiertos creados por el rayo, el arma del gran dios, tras calcinar frondosos bosques y brillantes prados.

Durante muchas lunas, los inmortales habían combatido a vida o muerte. Entre ellos, a pesar de formar parte del linaje de los enemigos del gran dios, un titán se había mostrado partidario del dios Zeus, y había combatido contra los de su raza. Se había dado cuenta muy pronto de que el futuro de los cielos no estaba en manos de Urano y Gea ni de ninguno de sus hijos, bien fueran titanes, como sus hermanos, los cíclopes o los hecatonquiros, sino en las de una generación de dioses más jóvenes, nacidos de la unión de Crono y Rea.

El titán traidor había hecho muy pronto honor a su nombre, que significaba «el que ve con antelación», es decir, el previsor. Él había contribuido con su comportamiento a la victoria de Zeus y sus hermanos, y se había ganado un puesto en el Olimpo, la nueva morada de los dioses triunfadores. Sin embargo, su capacidad de contemplar con antelación las cosas acabaría siendo la causa de su gloria, pero también de su maldición.

Su nombre era Prometeo.

◦◦◦

Cuando la lucha entre los titanes y los dioses comenzó, el mundo tembló. Durante innumerables lunas el futuro de to-

dos los seres, los creados y los que todavía estaban por crear, se jugó en cada batalla, en cada escaramuza. Con la ayuda de los hermanos de Crono, los dioses lograron por fin la victoria: los cíclopes forjaron para Zeus el rayo, para Hades, un casco que lo volvía invisible como la muerte, y para Poseidón, un tridente con cuyo choque temblaban mares y tierras.

Ya vencedor, Zeus ordenó que Crono y los demás titanes fueran encadenados para siempre en el Tártaro, y que los monstruosos hecatonquiros, de cien brazos, fueran sus guardianes. El mundo de los dioses comenzó así a despoblarse de seres excesivos tras ser estos relegados, por fin, a las profundidades del oscuro Tártaro y nadie volvió a tener noticias de ellos. El gran Zeus, el dios atronador, se hizo así con el poder en los cielos después de dos generaciones.

Prometeo era hijo de Jápeto, y, por tanto, primo de Zeus. Su madre era Clímene, una de las hijas de Océano. Tenía por hermanos a Menecio, Atlas y Epimeteo. El destino de toda su familia se jugó en la guerra entre olímpicos y titanes, a cuyo término, todos los que habían tomado armas y decisiones contra aquellos fueron encadenados en el Tártaro, de manera que, al cabo de algunas generaciones, sus nombres se olvidaron y el recuerdo de sus pasadas hazañas desapareció por completo de la memoria de dioses y hombres.

Sin embargo, Zeus hizo una excepción. Atlas, el hermano de Prometeo, no descendió al Tártaro, sino que fue condenado a sostener sobre sus hombros el peso de la bóveda celeste. Perdido en el extremo occidental, en el lugar en que el sol y la luna, el día y la noche se rozan cada día sin tocarse, Atlas penó para siempre el delito de haber querido perpetuar el mundo al que había pertenecido.

Prometeo, el previsor, y Epimeteo, su torpe hermano, fueron premiados con un lugar en el nuevo mundo. Durante mucho tiempo los dos anduvieron libres, exentos de toda responsabilidad en la construcción del futuro de la nueva tierra. Epimeteo pronto dejó de formar parte de los planes de los dioses. Nunca estuvo interesado en desempeñar ningún papel en la génesis del nuevo orden de los cielos, y se sentía completamente feliz por el hecho de vivir en paz, alejado de los lugares en los que seres más poderosos que él trazaban las líneas del futuro.

Prometeo, en cambio, miraba con frecuencia al porvenir. Su carácter inquisitivo y su propensión a intentar comprender en el presente las razones que habrían de dar forma al futuro, le hacían observar el mundo y a las criaturas que habitaban en él. Veía los efectos de la lluvia y de las sequías, sabía que algunos tipos de plantas arraigaban mejor en los valles, otras, en las laderas de las montañas, e intentaba averiguar qué clase de principios, qué suerte de características posibilitaban su supervivencia.

Con el paso del tiempo fue capaz de percibir lo que parecía una norma. Los animales se asemejaban unos a otros. Todos corrían, todos tenían fuerza, todos poseían la habilidad de reproducirse y eran capaces de alimentarse de diferentes tipos de plantas o, incluso, de llegar a comer la carne de otros animales que, debilitados por la enfermedad o consumidos por la muerte, se convertían en una fuente de supervivencia.

Sin embargo, las diferentes razas de animales no acababan de prosperar. Por alguna razón que Prometeo desconocía, la muerte los sorprendía con facilidad y, poco a poco, ganaba terreno a la vida. Los valles fértiles, los lugares en que la vida

era más fácil, los territorios que, en suma, parecían creados para acoger a todo tipo de seres vivos estaban habitados por un inquietante silencio que los convertía, a ojos del titán, en antesalas de la muerte.

Al lado de valles y montañas, avanzaban los desiertos. Prometeo se daba cuenta de que, en aquellos tiempos de paz, las fronteras entre las tierras yermas y las fértiles se iban modificando poco a poco, y en todos los lugares de la tierra aumentaban los terrenos baldíos donde la vida animal y vegetal se hacía casi imposible.

Además, no solo los animales declinaban, los árboles se doblaban hacia el suelo sin fuerza ya para resistir la furia de los vientos. Los frutos aparecían mermados, pequeños, y la tierra tenía un aspecto uniforme, casi monótono, poblada solo por unas cuantas familias de vegetales que se repetían por doquier.

Plantas y animales, valles y montes, hasta el misterioso mar, cuyos secretos se escondían bajo la rizada superficie de sus aguas, daban forma a un mundo monocolor en el que incluso las voces de las criaturas se repetían uniformemente, en una especie de cacofonía que resultaba tan monótona como el paisaje y el aspecto de los seres que poblaban la tierra.

Prometeo no dejaba de preguntarse cuál era la razón de aquella situación que, en poco tiempo, acabaría con la vida de las criaturas mortales y convertiría el planeta en un desierto. Los nuevos dueños del mundo, los tres grandes dioses hijos del titán Crono, se habían olvidado por completo de los seres mortales.

Zeus, el soberano celestial, había querido que vivieran separados de los dioses, para que cada uno habitara su espacio. Había elevado su morada en las cumbres nevadas del Olimpo hasta los cielos, al abrigo de la bóveda celeste, desde donde podía observar el mundo entero, pero permanecer alejado de él. Sin duda, había honrado la promesa que le hizo a Prometeo, cuando, en el transcurso de la guerra, este abandonó a su familia y cambió de bando. Como aseguró en aquel momento, había vuelto a crear a los seres mortales después de su extinción durante el conflicto, pero había querido dejarlos a su suerte para que poblaran la tierra. Tendrían que esforzarse para sobrevivir, pues, de lo contrario, caerían en la apatía, como había sucedido con los seres que vivieron en tiempos de Crono.

Sin embargo, después de crearlos y darles un espacio en el que medrar, los olímpicos habían perdido de vista a aquellas criaturas efímeras sin darse cuenta de que también formaban parte del equilibrio de las cosas y jugaban un papel sin el cual ni siquiera los dioses podrían prosperar en el futuro.

¿De qué le serviría a Zeus, a Poseidón o a Hades el inmenso poder que habían conquistado si nadie en el mundo, nadie sobre la tierra mostraba sumisión al nuevo orden, si nadie ofrecía pruebas de la aceptación de su poder? ¿De qué le serviría a Zeus lanzar el rayo o a Poseidón batir el mar con su tridente si nadie sobre la tierra experimentaba miedo o temor? ¿Qué haría Hades cuando ya no quedaran más espíritus con los que alimentar su reino de sombras?

Prometeo se admiraba de que los dioses no se dieran cuenta del peligro que corrían y decidió ponerle remedio. Andando con facilidad por las cimas de los montes o por los senos de los valles, el titán lanzaba su mirada inquisitiva sobre las muestras de la vida en la tierra y comprendía que los

seres efímeros, en su permanente lucha por la supervivencia, no tenían tiempo de pensar ni en dioses ni en ofrendas.

Un día, estando ya a punto de llegar a las laderas del Olimpo, su atención se concentró en un grupo de hombres. Eran seres bípedos, lentos, sin capacidad para defenderse, organismos insignificantes en los que ningún dios se habría fijado como semilla del futuro. Detuvo un momento su marcha escudriñando la razón por la que se habían reunido en torno a un haz de madera seca que, en medio del círculo que ellos mismos iban dibujando con su danza, parecía una pústula nacida sobre la piel enferma de una tierra agonizante.

Se acercó al lugar y aguzó sus sentidos. Siempre había sentido interés por la raza de los hombres, que eran los únicos animales que caminaban sobre dos extremidades, porque su aspecto no se diferenciaba tanto de los dioses. Detuvo su mirada en uno de aquellos seres, que parecía dirigir la extraña ceremonia. En el centro del círculo, rodeado por los demás, aquella criatura ejecutaba un baile. Supo de repente, como si una antorcha hubiera iluminado la penumbra de su mente, que nunca había visto a ningún otro de los seres condenados a la muerte ejecutar una ceremonia como aquella.

Sin saber la razón, sin ser capaz de averiguar lo que le atraía de aquella escena, Prometeo tuvo repentinamente un sentimiento de piedad hacia aquellos seres desvalidos que se afanaban por ganar un día más de vida en aquel mundo abandonado por los dioses. Centró su atención en las teas secas que se amontonaban en el suelo.

Entonces lo comprendió: aquellos hombres intentaban llamar la atención de los dioses, propiciar su favor para que les concedieran el don, el regalo del fuego. Aquellas teas apagadas, retorcidas sobre el suelo, eran un reflejo perfecto del mundo en el que estaban obligados a vivir. Sin diferencias entre los animales, sin capacidades para hacerse frente los unos a los otros, estaban condenados a desaparecer.

Prometeo contuvo la respiración, cerró los ojos y tuvo la sensación de advertir muy bien lo que significaba aquella ceremonia. Los hombres necesitaban el fuego. Necesitaban su calor en los días de frío y en las noches de helada; necesitaban su fuerza para poder defenderse del ataque de los otros animales. Entonces se dibujó en su mente la imagen del hombre que dirigía la patética danza: su rostro era casi hermoso, los ojos delataban el profundo pozo de sus preocupaciones y en su frente arrugada se dibujaban los valles, las colinas, los desiertos y las encrucijadas del futuro.

Y en ese instante, Prometeo supo que los movimientos de aquella criatura eran, en realidad, una especie de ritual propiciatorio. Aquel hombre parecía haber comprendido que, sin los dioses, todo equilibrio, toda supervivencia eran imposibles. Aquellos seres estaban pidiendo a los dioses un don y, a la vez, una limosna que les permitiera disfrutar del gozo del bienestar y de la esperanza del futuro.

Los hombres necesitaban el fuego.

2

El camino del futuro

En el Olimpo la vida de los dioses resultaba monótona. El mundo parecía definitivamente ordenado y la tranquilidad había invadido las moradas de los inmortales. El gran Zeus contemplaba su obra y se sentía orgulloso, pero pensaba que, sin enemigos, sin las urgentes tareas que hasta entonces habían ocupado su tiempo, los dioses acabarían cayendo en una especie de perpetuo aburrimiento que, sin duda, los llevaría a disputar entre ellos.

Había pasado mucho tiempo meditando las palabras de Prometeo, a quien tenía por juicioso e inteligente, proponiéndole fijar su atención en el mundo de las criaturas efímeras que, abandonadas, poblaban la tierra. El plan de Prometeo le había parecido clarividente por su sencillez y eficacia. Consistía en hacer que los mortales comprendieran que su supervivencia no dependía exclusivamente de ellos mismos, sino también de los dioses, y especialmente de él, el gran dios al

que invocaban al grito de «¡dieu!» No podía ocultar su satisfacción y pensaba que, en efecto, el titán tenía razón al creer que solo estableciendo una profunda y permanente conexión entre dioses y mortales estaría garantizada la pervivencia del nuevo mundo. Que los mortales comprendieran que su bienestar, e incluso su felicidad, dependía de los vínculos de sumisión que establecieran con los dioses era una perspectiva agradable, que satisfacía su deseo de poder y reconocimiento.

Convencido, llamó a Prometeo y le dio una orden.

—Tus palabras han sido sabias y, de nuevo, como en el pasado, has hecho honor a tu nombre. Te encomiendo que lleves adelante el plan que me has propuesto: encárgate tú de ordenar la vida de los efímeros mientras yo consolido por completo mi poder y mi prestigio entre los inmortales.

Prometeo asintió complacido, deseoso de ponerse manos a la obra. Durante largo tiempo había temido que su traición no hubiera servido para nada. Miró al gran Zeus con satisfacción y agradecimiento, y siguió escuchando sus palabras.

—Pero debes obrar con prudencia e inteligencia, Prometeo. Ordena el mundo, dota a las criaturas que habitan en él de habilidades y capacidades que las complementen, que las hagan depender unas de otras. Haz que el depredador tenga fuerza y la presa agilidad; haz que unas armas sirvan para el ataque y otras para la defensa, y corrige, en suma, los desequilibrios que hacen peligrar la supervivencia de los efímeros. Que unos coman de la tierra y otros de sus criaturas, que unos vuelen, otros naden, otros corran y otros se arrastren por el suelo.

Prometeo escuchaba las palabras del dios, consciente de la confianza que este estaba depositando en él al encargarle tal misión. Pero Zeus no había acabado todavía.

—Y, sobre todo, no olvides la parte más importante de este trabajo que te encomiendo: establece un vínculo irrompible entre los mortales y los dioses. Haz que comprendan que su vida es imposible sin nosotros e instaura ceremonias y ritos que afiancen ese vínculo. Haz que nos amen y que nos teman.

El titán asintió casi eufórico. Ante él se columbraba una época de creación en la que su capacidad se vería puesta a prueba de manera decisiva. Sin embargo, una sombra de duda cruzó por su mente, pues sabía muy bien que Zeus era un dios implacable con todo aquel a quien considerara su enemigo. En los días que se avecinaban Prometeo debía hacerse, más que nunca, merecedor de su nombre.

—Es un honor ayudarte —dijo por fin— y saber que tu confianza en mi lealtad es tan grande. Procuraré estar a la altura del cometido.

Entonces abandonó el lugar. El gran dios clavó los ojos en la espalda de aquel titán que había traicionado a su raza y a su familia, y se preguntó si no habría sido un error ordenarle semejante tarea.

◦◦◦

El hombre que observaba el cielo de la noche estaba absorto. Desde lejos, el eco de los truenos resonaba en el valle y hacía estremecerse las paredes de las montañas. En el interior de la gruta, apretados unos contra otros, los hombres aplacaban su miedo contemplando la figura de su congénere

sentado a la entrada. Veía el cambio de color de las nubes, notaba cómo el viento se enfriaba a su alrededor y afinaba sus sentidos tratando de comprender el secreto de la tormenta, de las nubes y del rayo.

Repentinamente un relámpago iluminó el interior de la caverna; los hombres se estremecieron cuando el violento sonido del trueno hizo temblar los cimientos de la tierra. Oían el silbido del viento que hacía hablar a los árboles y el seco ruido de las ramas chocando entre ellas; husmeaban, intentaban percibir el olor de la tierra mojada por la lluvia y esperaban, con los miembros encogidos, a que el furor del dios se disipara en la distancia. En la puerta, sin embargo, uno de ellos seguía observando. Contenía el miedo, intentaba evitar el impulso de correr hacia el interior de la caverna y refugiarse junto a los demás, pues algo muy profundo, muy poderoso, lo empujaba a seguir mirando la extraña comunión que se producía entre el cielo y la tierra durante la explosión de la tormenta.

Aquella tarde no llovió. El viento azotó ferozmente los alrededores de la gruta y el frío comenzó a penetrar lentamente en el cuerpo de los hombres. Tiritando, examinaban cada vez más nerviosos a su compañero, petrificado en la entrada. Esperaban alguna señal, algún gesto tranquilizador de quien siempre los había conducido con seguridad a través de los difíciles caminos de la tierra.

Mientras aguardaban, un olor conocido comenzó a impregnar el aire de la cueva. Adheridos a los últimos rayos de sol, empezaron a aparecer hilos grises, flecos de niebla, hebras de humo; el hombre de la entrada se incorporó rápidamente, preso de una excitación que los demás habían visto otras veces. Levantó la cabeza con violencia y comenzó a dar gritos y a mover los brazos poseído por una excitación extraordinaria.

Todos salieron. Una vez fuera vieron, cerca de la cima de la colina más cercana, una columna de humo que se elevaba hacia el cielo para unirse con la humareda celeste que formaba las nubes. La tormenta había traído el fuego del cielo a la tierra y el gran dios había hecho que el suelo ardiera cerca de la gruta. Corrieron chillando, olvidando los peligros, sin preocuparse por los animales que podían acecharlos. El hombre que los guiaba parecía saber que aquellas lenguas ardientes, nacidas de los troncos de los árboles o de las ramas de los matorrales, eran un aliado que los protegía de otros animales más fuertes que ellos.

Llegaron a la cima de una loma y otearon el valle. No lejos de allí, un enorme árbol había sido herido por el arma del dios y estaba siendo devorado por las llamas. Sin decir nada, sin necesidad de que nadie les diera una orden, continuaron avanzando. Tras de ellos iba quedando un frenesí de gritos, gruñidos y alaridos que llenaban el valle con una música alegre. El fuego había nacido de nuevo y, con él, la esperanza de un futuro mejor, sin frío por las noches, sin ataques furtivos de animales hambrientos. La vida parecía sonreír de nuevo a aquel grupo de hombres perdidos en la inmensidad de una tierra recién acabada.

Cuando estuvieron junto al fuego, todos se detuvieron, contemplándolo, sintiendo su fuerza, su calor, su misterio. Miraban ensimismados, saltaban, cogían del suelo cenizas ya frías y se las restregaban por la piel, como si el fuego muerto pudiera reavivar en el interior de sus cuerpos el calor de otra

vida. Golpeaban con sus manos la tierra y se abrazaban en un éxtasis frenético.

Mas uno de ellos, el mismo hombre que parecía observar las cosas del mundo, no miraba al fuego, concentraba su atención en el firmamento infinito, entornaba los ojos intentando comprender la razón por la que el cielo enviaba de vez en cuando aquel regalo precioso que transformaba sus vidas y les hacía concebir un balbuceante sentimiento de paz. Examinaba interrogante el paso del humo celeste, aquellas masas blancas o grises, aquellos borbotones casi negros desde los que, a veces, el gran dios de la tormenta lanzaba el rayo. Con calma, pero con el punto de ansiedad que genera siempre la búsqueda de respuestas, se preguntaba qué debían hacer ellos, los hombres, para conseguir que el dios les proporcionara fuego; ¿debían seguir danzando en torno a la madera seca como habían hecho los días anteriores? ¿Debían ofrendar al dios algún presente? ¿Qué había en el casi desesperado mundo de los hombres que pudiera complacer a dioses como aquellos?

En medio de tales reflexiones, comprendió que la noche se les venía encima y que debían volver a la caverna. Imaginó las primeras luces del alba al calor del fuego, el crepitar de la madera, los pequeños fulgores ardientes elevándose desde el interior de la hoguera para morir inmediatamente en su camino de retorno hacia el cielo, y sintió una oleada de seguridad.

Sacó de su mísero ropaje la hornacina. En su interior, delicadas bolitas de hierba y musgo servían de blando lecho a unas briznas de una planta mágica, capaz de guardar el fuego durante largo tiempo. Se acercó a una de las teas encendidas, desprendidas del tronco del coloso caído, y con cuidado, casi con ternura, como alguien que toma en sus manos el aliento de su propia vida, llevó la pequeña estrella de fuego, el trémulo espíritu del dios de la tormenta, al altar donde esperaban las ramitas de cañaheja.

Cuando la planta prendió, sopló con mimo, despacio, acariciando con su aliento la incipiente llama. Surgió primero el hilo de humo gris que siempre precedía al fuego, elevándose hacia el cielo y fundiéndose con él hasta desaparecer. El corro de hombres miraba asombrado hacia el interior de la hornacina, esperando el momento de la magia, el instante en que el fuego pasaba desde los bosques, los matorrales o las hierbas altas heridas por el rayo a ese pequeño recipiente en el que habría de ser alimentado permanentemente.

Cuando se precipitó la noche, en el interior de la cueva brillaba la luz de las llamas. Las gotas de rocío no se habían transformado en hielo y un dulce calor colmaba de vida y esperanza los cuerpos de los hombres. El color de la caverna ya no era gris o negro, como las nubes de la tormenta, y de sus techos no partían, disparados con violencia, los dardos del frío. Un color parecido al de la carne de los hombres o al del cielo del ocaso llenaba la cueva, y en las paredes, las sombras de los hombres se dibujaban con trazos centelleantes que parecían estremecerse con la música del fuego.

∞∞

—Espero que me ayudes en esta tarea, hermano.

Prometeo se esforzaba por explicar su plan. No era fácil, pues Epimeteo era de naturaleza torpe, proclive a la irreflexión. De toda la generación de los titanes, muy pocos,

como ellos dos, tenían el privilegio de seguir con vida en el mundo surgido tras la victoria de Zeus y sus hermanos. Epimeteo se había posicionado en su mismo bando en la guerra y, ahora, con la mayoría de los de su raza encadenados en el Tártaro y Atlas, su hermano, condenado a sostener con su esfuerzo el peso de la bóveda celeste que se suspendía sobre el nuevo mundo, estaba perdido sin él. Lo buscaba, le pedía consejo, lo miraba a la cara con ojos desorientados.

Después de escuchar a Zeus, Prometeo se había dado cuenta de que, no por deseada, la tarea que se disponía a emprender era menos colosal. Por ese motivo había decidido implicar a su hermano en la inmensa labor que tenía por delante y, cuando se lo dijo, vio cómo la alegría y el agradecimiento inundaban sus ojos de lágrimas.

—Descansa, hermano —dijo Epimeteo—. Deja que yo distribuya las habilidades y capacidades entre los animales, y céntrate tú en observar a esa especie cuyo comportamiento tanto te intriga. Creo que ha llegado la hora de que yo te devuelva el favor que me hiciste haciéndome comprender que la lealtad a nuestra familia no garantizaría nuestra supervivencia. Yo dotaré a los animales de diferentes destrezas, pericias y hábitos —añadió—. Tú, utiliza tu inteligencia para, finalmente, dar el visto bueno a mi trabajo y hacer que los dioses lo aprueben. Sabes muy bien —continuó con una mueca de resignación— que no lo harían sin tu intervención.

Prometeo asintió satisfecho.

—Me complace oírte —dijo—. Comienza hoy mismo y, cuando termines, veremos si yo tengo algo que aportar. Pero recuerda que debes buscar un equilibrio: fuerza contra habilidad, ataque contra huida, olfato contra vista.

Miró a su hermano con alegría y le dio una palmada en el hombro antes de marcharse.

Prometeo lo vio alejarse y sintió una honda complacencia. Confiando en su lealtad, delegando en él estas tareas, quizá le ayudaría a encontrar su lugar en un mundo que no comprendía del todo. Antes de desaparecer, Epimeteo volvió un momento el rostro hacia su hermano y esbozó una sonrisa abierta y cálida que expresaba no solo agradecimiento, sino, especialmente, satisfacción y entusiasmo.

Se puso manos a la obra de inmediato, dejándose llevar por su intuición y por todo lo que había aprendido del contacto con su hermano. Así, dividió a los animales entre cazadores y presas, e intentó que su aspecto se adaptara a esa circunstancia fundamental. Durante días trabajó sin descanso, haciendo que los depredadores tuvieran grandes colmillos dentro de sus fauces y afiladas garras en sus patas; a los que dotó de gran fuerza los hizo un poco más lentos, mientras que a los menos fuertes les proporcionó el arma de la velocidad; a unos los hizo propensos a la vida solitaria, a otros los destinó a vivir en manada.

Cavilando sin descanso, decidió que los depredadores debían tener una inteligencia inquisitiva y curiosa que les permitiera calcular el esfuerzo de la caza e identificar las presas adecuadas; igualmente, creyó que debían tener menos capacidad de reproducción que sus capturas, intentando así compensar la población de cada grupo.

Cuando llegó la hora de ocuparse de las presas, decidió que su alimento sería el que surge del suelo de la tierra. Consideró que era mejor fijar en ellas una cualidad en mayor grado que las restantes y decidió que sus mentes no se inclinaran hacia la curiosidad propia del cazador, sino al

contrario, hacia la autoprotección, la huida. Así, otorgó a muchos de ellos largas y flexibles patas que les permitieran escapar con velocidad; a otros los hizo más lentos, pero les concedió algunas armas defensivas: cuernos sobre las testuces, colores que pudieran intimidar a los cazadores y, en algunos casos, un tamaño enorme o diminuto. En general, dio a las presas grandes orejas móviles con las que pudieran detectar cualquier ruido, y un fino olfato con el que descubrir a los animales al acecho.

Cuando creyó que había terminado su obra, buscó a su hermano, deseoso de mostrársela. Los dos se sentaron sobre uno de los salientes del monte Olimpo y, durante días y noches, contemplaron absortos el mundo de los mortales. Prometeo comprobó con satisfacción que su hermano había conseguido, en efecto, encontrar un equilibrio entre los diferentes grupos de animales, y sintió alegría al comprender que, por fin, buena parte de sus decisiones cobraba ahora sentido.

Entonces, por casualidad, fijó su atención en un grupo de hombres que corría desesperadamente. No supo con claridad lo que pasaba hasta que vio, saliendo de una zona boscosa, a una manada de lobos siguiéndoles los pasos. En poco tiempo la mayor parte del grupo había sido alcanzada y algunos de sus miembros, despedazados por los lobos. Prometeo sintió un dolor profundo, una sensación de amargura que le desgarró el alma, pues percibía claramente el error que su hermano había cometido.

—¿Qué has hecho con los hombres, Epimeteo? ¿Qué habilidad les has reservado?

Epimeteo notó un nudo en la garganta. Inundado por una repentina e insoportable vergüenza, miró a su hermano con

la tristeza clavada en sus ojos. Casi balbuciendo, la voz temblorosa, dijo:

—Perdóname. Los olvidé por completo.

Un sentimiento de urgencia inundó el ánimo de Prometeo. Sin decir nada, dejó a su hermano atrás y se marchó siguiendo el rumbo de sus agitados pensamientos.

Como un torbellino, su mente hervía. Había aprendido que la fuerza sin inteligencia, sin talento, no era decisiva. Seres de enorme potencia habían sido derrotados por el ingenio de Zeus y sus hermanos, y ahora estaban encadenados en las tinieblas del Tártaro. Él mismo había sobrevivido porque en el fragor de la lucha supo prever el resultado y anteponer la razón a la suicida lealtad a su raza o su familia. Seguía vivo porque había sido capaz de pensar, de darse cuenta de que la inteligencia de los nuevos dioses les permitiría hacer perdurar el mundo en el que todos habrían de vivir. De repente, una luz se prendió en su cabeza. Ese habría de ser el camino de la supervivencia de la raza humana.

Mientras se alejaba, decidió ir hacia el valle de los hombres, el lugar en el que había detectado las señales de la inteligencia. Al llegar se sentó encima de una roca y examinó el grupo al que pertenecía el hombre que observaba el cielo de la noche. En la entrada de la cueva había una gran hoguera, y, a su alrededor, los hombres parecían tranquilos. El titán percibió que se sentían seguros junto al fuego, protegidos del frío y del ataque de los animales. Sintió euforia al comprobar que por sí mismos, sin la ayuda de ningún inmortal, aquellas criaturas efímeras habían sido capaces de encontrar algunas respuestas importantes.



En realidad, muchos rasgos los diferenciaban del resto de los seres mortales. Pero no era nada que tuviera relación con las habilidades del cuerpo, no era la fuerza ni la velocidad en el ataque o la huida; tampoco era su capacidad para resistir el frío o el calor; ni su habilidad para desenvolverse en el agua.

Alrededor de la hoguera estaban sentados varios de ellos. Oía sus gruñidos y se esforzaba por entender lo que significaban. Eran sonidos guturales acompañados de gestos que, a veces, se hacían evidentes, especialmente cuando imitaban a algunos animales o expresaban alguna escena en la que habían conseguido darles caza o huir de ellos.

El hombre que lideraba el grupo escuchaba atento. A su lado, celosamente custodiada, estaba la pequeña hornacina en la que latía el alma del fuego, sin la que toda aquella aparente felicidad no habría sido posible. El hombre seguía el movimiento de las lenguas brillantes que nacían de la hoguera, acercaba las manos para sentir el calor, removía las brasas con un palo largo y, de vez en cuando, al oír los sonidos que provenían de la garganta de los otros, esbozaba un gesto extraño, una mueca que no hacían los demás.

Entonces Prometeo se levantó y caminó en dirección a los hombres, asombrado. ¿Había visto sonreír a uno de ellos? ¿Había sonreído el hombre que observaba el cielo de la noche? Contuvo la respiración.

Unos y otros intentaban expresar alguna experiencia vivida con el grupo o en solitario; Prometeo prestaba atención a toda la gama de gestos con la que compensaban su incapacidad para hablar. Algunos se mostraban especialmente expresivos al gesticular, otros, en cambio, parecían torpes, y los

ruidos que emitían destilaban una mezcla de agresividad, nerviosismo y, sobre todo, miedo.

Prometeo no dejaba de mirar al hombre que guardaba el alma del fuego: absorto por el movimiento de las llamas de la hoguera, atendía a sus demás compañeros desde una posición distinta, como si le interesara más comunicarse con el espíritu de las brasas encendidas que, en diminutos puntos incandescentes, volaban hacia el cielo para deshacerse, en poco trecho, encima de ellos. Los ojos de aquel hombre se entornaban escudriñando, estudiando con ansia el misterio de aquellas motas de luz perdidas, muertas lejos del calor de la hoguera.

Entonces, de repente, se levantó. Todos callaron, concentrando su atención en él. Con el palo que tenía en la mano señaló hacia el cielo, donde la luna, rozando el horizonte, se mostraba como una enorme esfera roja, un mundo de fuego trepando por el negro muro de la noche. Todos observaron aquel espectáculo incomprensible que los llenaba de una inquietante expectación y un silencio mágico, sagrado, lo envolvió todo.

Prometeo no podía apartar la vista del rostro de aquel hombre. Entonces, empezó a balbucear. Miraba a sus compañeros y, mientras dirigía sus ojos al fuego y a la ascendente luna roja, abría la boca y dejaba escapar de su interior sonidos encadenados, quejidos que intentaban desesperadamente expresar ideas, imágenes que sus atónitos compañeros se esforzaban por comprender.

Escuchaban al hombre con veneración, percibían su entusiasmo, pero también su desesperación al comprobar que todo lo que quería exteriorizar, todo lo que deseaba trasmi-

tirles se perdía en el aire en cuanto salía de su garganta, igual que las chispas de fuego, engullidas por el frío de la noche.

Observándolo, Prometeo pensó en los demás animales, con capacidades que les permitían vivir en manadas, cazar en equipo o defenderse en grupo de sus depredadores. Pensó en el futuro, tratando de proyectar en él su mente inquisitiva y previsora.

En ese instante el rugido de un animal lo sobresaltó. Sus sentidos captaron también otros sonidos que provenían de la actividad de los animales: aves nocturnas, presas, cazadores. Las noches se llenaban de ecos con el nuevo equilibrio del mundo. Sonidos previsibles, repetidos, que denotaban excitación, violencia, ternura, pero siempre iguales, siempre uniformes. Y en ese preciso momento el titán que había dejado atrás su raza, su mundo y su familia para poder viajar hacia el futuro comprendió claramente lo que debía hacer para ayudar a los hombres.

Se acercó de nuevo hacia el lugar en el que ahora dormitaban, confiados, junto al fuego. Viéndolos descansar, con los cuerpos juntos, los rostros relajados, estuvo seguro de que habían desarrollado una inteligencia superior a la de cualquier otro efímero. Sin embargo, sabía que los límites de esa inteligencia no los dejarían avanzar. Necesitaban algo más.

Entonces recordó el esfuerzo de uno de aquellos hombres por explicar a los demás los secretos del cielo y del fuego; recordó los ruidos, los quejidos, los ronquidos con los que lo había intentado una y otra vez, y supo que lo único que habría de distinguir a los hombres de las demás razas de animales, lo único que haría que su inteligencia fuera capaz de vencer los obstáculos de la supervivencia no estaba en la fuerza de

los músculos, en la delicadeza del olfato, el fino oído o la robusta mandíbula, sino en la capacidad de comunicarse, de transmitir a sus descendientes sus conocimientos y su sabiduría, de explicar a los demás miembros de su raza los secretos del mundo.

Prometeo experimentó un sentimiento de amor profundo por la raza de los hombres al comprender que el futuro de todos ellos radicaba en su capacidad no de emitir sonidos, como hacían los demás animales, sino de articularlos.

El futuro de la raza humana estaba en la palabra.

3



La decisión de Prometeo

Prometeo vagó sin rumbo por la tierra. Dejó que las sombras de la noche lo envolvieran y, como el hombre al que había visto observar el cielo, fijó su mirada en los cuerpos celestes. Oyó las voces de las criaturas nocturnas y contempló las escenas propias del nuevo mundo: cazadores alados, silenciosos, de grandes y oscuros ojos, caían sobre sus presas con sigilo; presas esquivas que conseguían burlar el ataque del depredador huyendo deprisa, permaneciendo inmóviles o escondiéndose raudas en madrigueras excavadas en la tierra. El equilibrio entre cazadores y presas parecía, por fin, garantizar el progreso de las criaturas efímeras.

Se tumbó sobre el suelo y percibió el intenso placer de la soledad. Mientras se dejaba mecer en los brazos de la noche, se dio cuenta de que prefería la tierra al Olimpo; se sentía más cómodo, más feliz, pisando el mismo suelo sobre el que caminaban los mortales. No se trataba solo de la

inclinación piadosa por quienes son más débiles; era, sobre todo, el convencimiento creciente de que los hombres habían desarrollado de manera natural una inteligencia superior a la de los demás mortales, sin que ningún dios hubiera influido ni reparado en ello.

Recordó la escena de la entrada de la cueva, al lado de la hoguera. Aquellas criaturas no hablaban, pero sus gruñidos, los toscos sonidos que salían de sus gargantas iban mucho más allá que el rugido de los depredadores, el estrépito de las aves o el grito de las presas. En los animales, el sonido parecía fluir sin esfuerzo, emitido por gargantas creadas para ello; los hombres, sin embargo, se esforzaban por cambiar los patrones de su voz en función de sus estados de ánimo e intentaban, torpemente, entrar en el curso de un relato. Aunque todavía no lo sabían, estaban esforzándose por encontrar la manera de pronunciar palabras.

Tomó la decisión convencido de que así garantizaba la supervivencia de la raza humana. La palabra posibilitaría que el ingenio humano traspasara la frontera del mundo animal para entrar en un universo diferente, transformador, regido por algo más que el instinto.

El sol comenzaba a iluminar el horizonte y el mundo iniciaba el tránsito hacia el día cuando Prometeo empezó a caminar con paso seguro, sintiendo que pertenecía a ese mundo más que al de los dioses: en la tierra, rodeado de todo lo que era mortal, percibía que la vida cobraba otro valor y que él tenía un papel que desempeñar, una misión.

A su alrededor la vida lo alentaba. Frente a la permanente luz del Olimpo, los amaneceres y ocasos de la tierra llenaban al titán de una sensación completamente distinta.

El contraste, la sensación de que el día no podría existir sin la noche, el cazador sin la presa, la luz sin las sombras, la vida sin la muerte, le impregnaban de una felicidad extraña, desconocida en el mundo de los inmortales. El universo de los dioses era seguro pero también monótono, gobernado por una onerosa sensación de eternidad.

Los hombres, en cambio, sentían el vértigo de la vida cada día, cada hora en que evitaban el acecho de la muerte. Al fin, pensaba Prometeo, la muerte era el gran cazador, el insaciable e invencible depredador cuyas presas eran todos los seres vivos. El júbilo de esquivar a la muerte se reflejaba en el rostro de los hombres cada noche, a la luz del fuego de las hogueras, en torno al cual, a partir de ahora, cada uno podría expresar con palabras la experiencia de su propia supervivencia.

Llegó a la entrada de la cueva cuando el sol ya se veía claramente por encima del horizonte. El fuego había ido consumiendo su alimento y agonizaba mientras los hombres se desperezaban tranquilos. Algunos de ellos comían bayas; restos de frutos diseminados que tapizaban el suelo.

De pie, erguido, el líder del grupo oteaba el horizonte. Sus ojos parecían dos ventanas abiertas al conocimiento del mundo, y todo su cuerpo transmitía inquietud. Observaba, barruntaba, intentando volver a dirigir a los suyos con seguridad en busca de alimento.

Conmovido, casi cegado por un sentimiento de piedad y amor, el titán bondadoso fijó su mirada en aquel hombre. Cerrando los ojos, con el presentimiento de que en aquel instante la historia humana estaba empezando de nuevo, confió firmemente en el futuro de aquellas criaturas casi

indefensas igual que antes había confiado en el de los dioses, y, así como estos se habían hecho con el poder de los cielos derrotando a seres mucho más fuertes que ellos, ahora creyó que los hombres acabarían por prevalecer sobre todos los demás seres mortales.

Entonces respiró hondo, dejó que su corazón se inflamase con aquellos sentimientos primerizos y, como un padre, entregó a los hombres el conocimiento del sonido articulado.

∞

Con el conocimiento del lenguaje los hombres evolucionaron con pasos de gigante. Aprendieron a dotar de nombre a las cosas y, transmitiéndose entre ellos su experiencia, consiguieron avanzar en poco tiempo en el conocimiento del mundo. El hombre que conducía al grupo, guiándolo a través de los caminos de la caza, la huida o el descanso, había afianzado su autoridad frente a los demás, y todos seguían con agrado sus indicaciones.

Cada noche se sentaban alrededor de las lenguas del fuego y articulaban sonidos que, en algunos casos, eran ya auténticas palabras. Se miraban asombrados sin comprender del todo aquella necesidad nueva, casi repentina, que les empujaba a emitir sonidos complejos, combinaciones de murmullos que ya no eran ronquidos sordos ni gritos estridentes. Noche tras noche, al abrigo del calor de las hogueras, los hombres comenzaron a llenar el mundo con el eco de las primeras palabras y, junto al canto de las aves, el grito de las presas y los rugidos de los cazadores, el rumor de la voz humana fue llenando los valles y montañas, las costas y los llanos.

Al abrigo del lenguaje fueron creciendo en inteligencia y comenzaron a fabricar utensilios con los que atacar en las jornadas de caza o defenderse en los inciertos momentos de la fuga. Aprendieron a perseguir, a acechar y a acosar a los animales y, poco a poco, transformaron las pieles de las fieras en abrigos, los colmillos en trofeos de caza o en símbolos de fuerza y poder, y las astas en armas con las que poder herir y matar.

Sin embargo, aunque Prometeo estaba complacido, pronto se dio cuenta de que había pasado algo por alto. Fue una tarde, con el crepúsculo anunciándose ya en el cielo, cuando vio algo que le heló la sangre. Un grupo de hombres intentaba tender una emboscada a un gran ciervo con el objetivo de darle caza. Parte del grupo, actuando como ojeadores, había conseguido, a base de gritos y palabras que sonaban fuertes como rugidos, sacarlo del bosque y dirigirlo hacia el lugar en que se encontraban los cazadores con sus utensilios preparados.

El animal, con el terror reflejado en sus enormes ojos, se lanzó en una enloquecida carrera: sus ágiles patas parecían hacerlo volar entre los matorrales que rodeaban el lugar, y, sobre el cielo del ocaso, su enorme y ramificada cornamenta se dibujaba como los brazos de un río recorriendo la tierra. Cuando estaba a punto de pisar los terrenos de los cazadores, uno de los hombres, en un movimiento imprevisto, se incorporó de repente. Al verlo, el ciervo desvió su carrera y se dirigió hacia el lugar en que otros hombres lo esperaban.

Todo sucedió en un instante: polvo, gritos, el salto del animal intentando evitar los cuerpos de quienes lo acorralaban y, finalmente, el violento derrote que clavó una de las

ramas de su cuerna en el pecho del cazador. Sobre el suelo quedó tendido el animal, acribillado por las armas arrojadizas de los hombres. A su lado, con los ojos desorbitados y los miembros todavía temblorosos, uno de los hombres intentaba, apretando fuertemente con sus manos, evitar que se le escapara la vida por el lugar desde el que, abierta su carne, fluía la sangre.

Azorado, nervioso, Prometeo contempló impotente la agonía de aquel hombre. Entonces, reprochándose a sí mismo haber pasado por alto algo tan sencillo de advertir, comprendió que aquella muerte ponía delante de sus ojos algo que era propio, exclusivo, de los hombres; un rasgo único entre todos los efímeros, y se entristeció al vislumbrar hasta qué punto los dioses no se habían ocupado de ellos. Todos los demás seres mortales, cazadores o presas, tenían garantizada la supervivencia mediante una reproducción asegurada por el irrefrenable deseo de copular durante algunas épocas de cada año. Los hombres, empero, privados de esa posibilidad, estaban condenados a extinguirse con el paso del tiempo.

El titán arrugó la frente. Si no se le ocurría algo aquellas criaturas estaban condenadas a desaparecer tarde o temprano de la tierra. Su mente inquisitiva se encendió y se puso a cavilar sin descanso: contemplaba y analizaba las posibilidades que aparecían ante él; desechaba unas y sopesaba otras, tratando de considerar todos los aspectos y de imaginar una solución para salvaguardar la supervivencia de los hombres.

Poco a poco, un plan arriesgado fue naciendo en su mente. No era sencillo y, además, ponía en riesgo su posición en el Olimpo e, incluso, su propia vida; sin embargo, sentía

que su misión, la razón por la que había decidido sobrevivir a la guerra que había terminado con su raza, estaba ahora delante de sus ojos.

Una sonrisa se bosquejó en su rostro, atrapado por la excitación de una idea feliz. Resuelto, se dirigió hacia el grupo de hombres y, desde lejos, sin que los dioses pudieran percibirlo, cerró los ojos y dejó que su pensamiento saliera de sí mismo y, como un hilo de humo nacido del fuego, volara hacia ellos.

Entonces, en la mente del hombre que observaba el cielo de la noche se dibujó el camino del futuro.

∞

Desde que Zeus había elevado su morada celeste del Olimpo a los cielos, en ella no había hogueras. Los dioses vivían apaciblemente, ajenos por completo al mundo de los mortales. El tiempo no pasaba, el día no sucedía a la noche y no se respiraba el afán por la supervivencia. El poder de los inmortales parecía definitivamente asentado, y los peligros ya no acechaban desde fuera, de manera que Zeus vivía tranquilo. Había observado el trabajo de los dos titanes y aprobaba, complacido, su esfuerzo por ordenar el mundo de los mortales. Sin embargo, el gran dios se preguntaba qué razón lo había empujado a mantener sobre la tierra a los hombres, esos seres exiguos, ignorantes de su propia futilidad.

Se levantó de su sitial y se dirigió hacia la parte más alta del Olimpo. Desde allí el mundo parecía un lugar hermoso: mares, ríos, montes y valles poblados por criaturas condenadas a muerte desde el primer instante de su vida. Imaginó

el vértigo de la mortalidad y trató de evocar la profunda sensación de bienestar que los efímeros debían de sentir al recordar cada secuencia de su aventura por la supervivencia. Comparado con el Olimpo, el mundo de los mortales estaba lleno de contrastes, y sus habitantes transmitían una sensación de equilibrio con él, incluso de armonía.

Entonces, un hilo de humo inició su vuelo desde la tierra; el viento lo iba deshaciendo poco a poco, con su fuerza deshilachaba la columna blanquecina que dibujaba una línea horizontal sobre las copas de los árboles. Zeus no le prestó demasiada atención y su mirada siguió escudriñando la tierra. Mas, en ese momento, un estimulante olor inundó de placer su olfato y el dios fijó entonces su mirada en el lugar en el que nacía el humo.

Inspiró profundamente aquel aroma desconocido y se preguntó de dónde provenía. Mas no estaba solo, en un instante, todos los dioses se arremolinaron junto a él, atraídos también por el irresistible aroma. Los inmortales, como una manada de cazadores barruntando el olor de una presa, dirigieron su mirada hacia la tierra.

Un grupo de hombres parecía estar celebrando una fiesta. Inmediatamente, los inmortales notaron que algo había cambiado en el comportamiento, incluso en el aspecto, de aquellas criaturas y, mientras las observaban, algunos se preguntaron cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se habían fijado en ellos. Ajenos a la preocupación por la muerte, los dioses no percibían el paso del tiempo y se complacían sabiendo que un pequeño instante en el Olimpo podía significar un año entero en la vida de los mortales.

Los hombres estaban sentados alrededor de un gran fuego sobre el que se quemaba el cuerpo de un animal; era un bóvido grande, ennegrecido ahora por las llamas. Mientras la carne se iba consumiendo, un efluvio delicioso se desprendía de ella y ascendía hacia el cielo. Zeus observaba atónito la carne del animal asándose al fuego e imaginó el placer de consumirla, de abandonar, aunque solo fuera por una vez, el néctar y la ambrosía, los alimentos propios de los dioses, fuente de la inmortalidad.

También el grupo de efímeros parecía disfrutar observando la carne en el fuego. Hablaban, pero gesticulaban mucho menos que antes. Los dioses se dieron cuenta de que en ellos había arraigado la semilla de la inteligencia, y se preguntaron si, a su manera, no habrían librado también una guerra contra alguna clase de titanes mortales, pues solo así podían haber sometido a la bestia cuya carne se consumía en el fuego.

Mientras los hombres seguían mirando absortos la acción del fuego, Prometeo apareció ante los dioses, acompañado por su hermano. Zeus lo miró con reserva, creyendo percibir en su rostro una contenida sonrisa de autocomplacencia. Mas, antes de que pudiera decirle nada, el titán se dirigió a él con palabras cargadas de respeto.

—Creo, gran dios, que, con la ayuda de mi hermano, he cumplido tus órdenes satisfactoriamente. Epimeteo ha dotado a la mayor parte de los efímeros con armas que los hacen vivir en equilibrio unos con otros: cazadores contra presas, velocidad contra fuerza...

Hizo una pausa, intentando descubrir si el dios quería decir algo. Este asentía y callaba. Prometeo, dejando intencionadamente fuera de su discurso a los hombres, continuó.

—Ahora el mundo de los mortales está en equilibrio y será capaz de perdurar en el tiempo.

Entonces Zeus tomó la palabra mientras Prometeo sentía que su plan comenzaba a cumplirse.

—Te ordené —dijo el dios— que establecieras un vínculo entre los mortales y los dioses, algo que los hiciera comprender su dependencia de nuestra magnanimidad. Y no veo que ninguna criatura mortal haya hecho nada para mostrar su sumisión.

Los demás inmortales asintieron con gusto, respaldando las palabras de Zeus. Prometeo arrugó la frente y clavó los ojos en el suelo en un gesto de sumisión. En su interior sabía que estaba a punto de llegar al primer punto decisivo de su plan.

—Estás observando ese vínculo, gran Zeus. Los hombres son los únicos efímeros capaces de comprender lo que los dioses significan. Las demás razas mortales poseen instinto, emiten sonidos, pueden comunicarse unos con otros en su diaria lucha por sobrevivir, pero no logran entender lo que significa ni la idea ni el vínculo con los dioses. Los hombres son los únicos que podrán hacerlo y, a través de ellos, todos los demás mortales.

Zeus miró de nuevo al grupo de hombres intentando descubrir la razón por la que Prometeo los había elegido entre todos los linajes mortales. Volvió a fijarse en el animal que estaba en el fuego, en los rostros de quienes estaban a su alrededor y, especialmente, en uno de ellos. Era un hombre distinto, utilizaba sonidos que se parecían a las palabras, su cuerpo permanecía en una posición más erguida que el de los demás y su mirada resultaba penetrante y serena. Al contemplar aquellas imágenes, el gran dios creyó ver en aquel

grupo de hombres reunidos en torno al fuego la imagen deformada, la torpe réplica mortal del propio mundo de los dioses. Sin darse cuenta, el recelo hizo mella en su ánimo.

—Parece que te has esforzado mucho en dotar a esos animales de características que son más propias de los dioses —dijo con gesto serio.

—Es cierto, pero no debemos verlos como animales. Tienen inteligencia y, desde que los creasteis, la forma de su cuerpo siempre ha sido muy parecida a la vuestra. Aun sin darte cuenta, creo que desde el principio has querido que los hombres se distinguieran del resto de criaturas mortales. Ellos son hombres, el resto son animales. Lo único que he hecho ha sido intentar que sus cuerpos, hechos a imagen de los vuestros, pudieran albergar un atisbo de inteligencia. Por eso les concedí a ellos, solo a ellos, el don de la palabra.

Zeus esbozó una tímida sonrisa mientras sentía el silencio de los demás dioses que, expectantes, estaban esperando su respuesta.

—Bien, Prometeo. Admito que tus palabras son certeras y que tu empeño en organizar el mundo de los mortales está cargado de cordura. Solo espero que esos hombres no excedan el límite que les corresponde como mortales.

Hizo una pausa y volvió a endurecer el rostro.

—Pero —dijo al fin— ¿cuál es ese vínculo que demuestra su sumisión? ¿Cuál es ese rito que ha de unirlos a nosotros para siempre?

Prometeo, lentamente, con la templanza propia de quien sabe que va a lanzar un cebo y teme ser descubierto, dirigió su mirada hacia la tierra y, señalando con su pulgar, dijo:

—Observad.



Los hombres estaban alrededor del cuerpo de un animal, un bóvido grande.

Uno de los hombres se levantó y habló con energía a los demás. Dirigió su mirada hacia la hoguera, convertida ya en una amalgama de brasas encendidas, y varios de ellos se acercaron y sacaron la carne ennegrecida. El intenso olor inundó de nuevo las laderas del Olimpo y los dioses aspiraron el aire con fruición; ni el propio Zeus pudo disimular el deleite y, cerrando los ojos, se dejó llevar extasiado por aquel aroma exquisito. Prometeo asistía a la escena íntimamente satisfecho.

Los hombres pusieron la carne transformada por el fuego sobre un grupo de piedras dispuestas en orden. Trajeron también la piel del animal y la colocaron al lado de la carne recién sacada del fuego. Entonces uno de ellos se adelantó y levantó los brazos hacia el cielo. Hubo un momento de silencio profundo, sobrecogedor, que llegó hasta la cima del Olimpo, donde los dioses contemplaban atónitos la escena. Algunos miraban a Prometeo intentando buscar una explicación a lo que estaba sucediendo, otros tenían clavados los ojos en el pequeño altar sobre el que yacían las dos porciones de carne: una, cruda, apenas piel y algunos despojos; la otra, transformada por el fuego, vísceras y grasa quemada junto con los trozos de carne, todavía humeante. Su aroma se esparcía por el aire.

Prometeo observaba a los dioses con disimulo, intentando contener la satisfacción que lo invadía. Aquella ceremonia, apenas empezada, no solo estaba estableciendo un vínculo de dependencia de los hombres con los dioses, sino también de los dioses con los hombres. El titán presentía ya que, en poco tiempo, los unos no podrían vivir sin los otros. Entonces, con el corazón encogido, se dispuso a contemplar

la parte más importante de la ceremonia, la que habría de convertirla en un rito y establecer el vínculo definitivo entre los dos mundos: el mortal y el inmortal.

Uno de los hombres, el de mirada penetrante y rostro reflexivo, con los brazos extendidos hacia el cielo, exclamó:

—¡*Dieu pater*! ¡*Dieu pater*!

En un instante, mucho más torpemente pero con energía desbordante, los demás hombres lo secundaron y gritaron con él:

—¡*Dieu pater*! ¡*Dieu pater*! ¡*Dieu pater*! ¡*Dieu pater*!

Zeus se levantó impulsado por una emoción indescriptible, superior incluso a la que había sentido al derrotar a sus más encarnizados enemigos. Aguzó el oído, puso todos sus sentidos en guardia, y siguió oyendo el mismo grito. Miró a Prometeo complacido, incrédulo ante el espectáculo que acababa de contemplar.

—Me llaman padre —dijo.

Entonces un rayo atravesó el cielo y un trueno grave y profundo resonó en la tierra. Los hombres se dejaron caer sobre el suelo aterrorizados, sin atreverse a realizar un solo movimiento, convencidos de que el gran dios había respondido a sus ofrendas. Entonces, el hombre que había iniciado aquella ceremonia se levantó, irguió su cuerpo y bajó su rostro, de nuevo, hacia la tierra. Sus brazos se dirigieron al pequeño altar en que estaban todavía situados los dos montones de carne y, sin moverse, con los ojos entornados, esperó de nuevo una señal del padre Zeus.

Los dioses compartían la tensión del grupo de hombres. Del mismo modo que uno de estos dirigía la ceremonia de la tierra y los demás lo secundaban aceptando su autoridad,

en el reino de los cielos todas las demás divinidades aceptaban expresamente la autoridad de Zeus. Todo un mundo de relaciones futuras se dibujó en la mente de dioses y hombres mientras la ceremonia proseguía.

—Debes elegir entre los dos montones de carne —dijo Prometeo dirigiéndose a Zeus—. Este es el vínculo que, siguiendo tus órdenes, he establecido entre los hombres y los dioses. Sacrificarán animales en vuestro honor y dejarán que el delicioso aroma de la carne asada llegue hasta el Olimpo, pero deben dedicaros algo más que el olor y el humo.

Los dioses miraban a Prometeo con rostros ávidos, llenos de agitación. El aroma de la carne, la ceremonia, las ofrendas habían quebrado para siempre la monotonía de la vida en el Olimpo.

Zeus miró al titán con ojos de asombro, sin poder apenas contener la excitación.

—Has cumplido bien mis órdenes, Prometeo. Pero ¿por qué debo elegir una de las partes?

—Tienes que permitir que los hombres se beneficien también en las ceremonias de los sacrificios. Ellos te dejan escoger, reconociendo su sumisión. Sobre el altar hay dos montones: uno es apetitoso, carne, vísceras y grasa cuyo olor, en contacto con el fuego, os ha deleitado. El otro es apenas un puñado de piel y huesos.

Ni Zeus ni los demás dioses fueron capaces de percibir la tensión que consumía por dentro a Prometeo. Resuelto a garantizar la supervivencia de los mortales y de toda la tierra, había decidido tender una trampa a Zeus, incluso sabiendo que su reacción sería violenta. Pero estaba dispuesto a asumir el riesgo convencido de que, en el peor de los casos, su castigo redundaría en beneficio de los hombres; el sufrimiento de uno sería la garantía del progreso de muchos.

—Debes enviar a los hombres una señal, gran Zeus. Tienes que demostrarles que, aceptando sus ofrendas, los protegerás y, si es necesario, los castigarás. Si lo haces ahora, ya no podrán prescindir de tu presencia.

El padre Zeus no dijo nada. Hundió los ojos en los dos montones de carne y percibió la extraña desproporción entre uno y otro. Entonces levantó su rostro y miró de soslayo a Prometeo. «En verdad, la mente de ese titán es previsora», pensó. Luego volvió a mirar hacia la tierra y vio a los hombres expectantes, sumisos, a la espera de una señal del cielo. Desconfiado, intuyendo alguna treta del titán, Zeus lo observó de nuevo con recelo y le advirtió:

—Espero que no te hayas atrevido a desafiarme, hijo de Jápeto.

Entonces, deseoso de mostrar a los hombres la grandeza de su poder, lanzó un rayo azulado, fino como el hilo de una nube, sobre el altar de piedra. El montón que contenía las vísceras, algo de carne y la grasa del animal sacrificado ardió con un fuego vivo, espeso, mientras la tierra temblaba desde sus cimientos. Los hombres, aterrorizados, prorrumpieron de nuevo en las invocaciones al dios e inclinaron sus cuerpos reconociendo la señal del cielo. El hombre que había permanecido solo levantó los ojos directamente a las nubes, amontonadas en el cielo. Zeus vio el miedo reflejado en su rostro, pero también un gesto de determinación y esperanza.

Lentamente, encogido por su propia ansiedad, el hombre depositó encima del altar unas cuantas teas ardientes que otro le había acercado desde la hoguera. Sobre ellas depositó el humeante montón de carne que el rayo de Zeus había calcinado y, con gestos expresivos y enérgicos, lo ofreció a los dioses. Después, tomó entre sus brazos el montón de piel y huesos. Al sacarlo del altar, sus manos se doblaron y la piel se abrió de repente, dejando caer al suelo el contenido depositado en su interior. Carne magra y lustrosa, trozos cortados de las mejores partes del animal se derramaron por el suelo. Los hombres los tomaron uno a uno y los pusieron sobre las brasas encendidas, dispuestos a comérselos una vez que el fuego hubiera dorado las partes exteriores. El humo, portador de un aroma delicioso, subió de nuevo hacia el Olimpo.

Al punto, el amontonador de nubes comprendió el ardid. Prometeo había insuflado en los hombres su naturaleza taimada, empujándolos a engañarlo. Entonces clavó la vista en el titán y, al tiempo que un rayo inmenso, sinuoso, mortal hería la tierra, gritó:

—Te arrepentirás de esto, Prometeo; lamentarás tu atrevimiento e implorarás mi perdón cuando veas cómo esas criaturas por las que te has atrevido a desafiarme se consumen lentamente, heladas por tu ciega osadía y tu infame imprevisión.

Un enjambre de nubes se amontonó en ese momento sobre la tierra. Los rayos laceraron el cielo mientras ríos de agua se desplomaban sobre el mundo de los mortales. Todos los animales corrieron a refugiarse, impulsados por su instinto; los hombres abandonaron la carne sobre la

hoguera y se dirigieron aterrorizados hacia el interior de la gruta, intentando esquivar la cólera del dios. Solo uno de ellos quedó fuera.

Lleno de inquietud, alzó su mirada para observar el tremendo espectáculo del cielo. Solamente sintió miedo, un pánico incontenible, cuando vio que la hornacina donde latía el alma del fuego yacía sobre el suelo empapada por la lluvia, apagada, sin luz, sin calor. Sin alma.

4

El secreto del fuego

De nuevo el frío invadía la tierra. En el interior de las grutas el calor había desaparecido y las gotas de agua se filtraban por cada pequeña grieta, empapando las paredes y el suelo con su húmedo llanto. Cada día los hombres alzaban hacia el cielo sus plegarias, intentando aplacar al gran dios y conseguir su perdón por una falta que desconocían.

Mas, en el Olimpo, no reinaba la armonía. Zeus había decidido afirmar su autoridad castigando a Prometeo a través de los hombres. El dios sabía que el sufrimiento del titán sería mayor si contemplaba cada día la agonía de sus protegidos, pero también era consciente de que algo había cambiado para siempre. Recordaba la ceremonia, los gritos de los hombres llamándolo padre, y creía no poder ya prescindir de esas sensaciones que habían inundado su ánimo.

Tampoco los demás inmortales estaban tranquilos. El mundo de los hombres se les presentaba ahora como un

reino de súbditos, los únicos de todos los mortales capaces de sentir, de experimentar dependencia, y gobernar sobre ellos se vislumbraba ahora como una promesa de placer y de autocomplacencia a la que no resultaba fácil renunciar. Todos recordaban el goce del olor de la carne, que, al penetrar en sus sentidos, ya habían asociado íntimamente a la maravillosa sensación de bienestar que producía verse reverenciado por aquellos seres inferiores, pero dotados de inteligencia. Les seducía aquella forma palpable de sentir su poder.

Prometeo había permanecido en el Olimpo; desde allí observaba el sufrimiento de los hombres y sentía la honda pena de haberlo causado. Sin embargo, creía que su plan estaba desarrollándose tal como él lo había previsto. Pasaba los días cavilando, buscando el momento adecuado de dar el siguiente y osado paso, que ya había maquinado, aunque sabía el riesgo que corría. No le tenía miedo al sufrimiento, sino a la soledad, y hacía tiempo que se sentía solo. La mayor parte de su linaje había desaparecido y no albergaba esperanzas en relación con sus dos hermanos vivos, Epimeteo y Atlas. Suspiró en medio de tales pensamientos y dejó que la nostalgia lo envolviese, pues su determinación aumentaba con la conciencia de su propia orfandad.

El cebo estaba ya echado. No solo Zeus, también los demás dioses habían sentido el doble placer del humo impregnado del olor de la carne que subía hasta el Olimpo y, al mismo tiempo, de la sumisión, la confesión de inferioridad de todo el linaje de los hombres. A cambio, los atribulados mortales habían conseguido hacerse un lugar en la mente de los dioses y, además, quedarse con la mejor parte de los animales sacrificados. Su esperanza de supervivencia se había multiplicado.

No lo pensó más. Completamente decidido, se dispuso a continuar adelante; se dirigió hacia el lugar en el que Zeus solía complacerse con la observación del orden del mundo, escudriñando cualquier atisbo de amenaza o desequilibrio, siempre dispuesto a defender su obra. El dios tenía el ceño fruncido y el rostro serio, y Prometeo se percató de que estaba observando a los hombres.

—Sé que no merezco tu perdón, pero la acción que me he atrevido a realizar, aunque parezca criminal, no es solo buena para ellos. Garantizar el futuro de los hombres es, a la vez, conseguir que vosotros podáis reinar sobre seres dotados de ingenio, pues solo con la consciencia un súbdito merece un rey.

Zeus no contestó. Permaneció ensimismado, aparentemente sin prestar atención a las palabras del titán, aunque Prometeo sabía que había captado por completo su atención.

—Si me lo permites —continuó—, deseo reparar mi culpa.

Esperó. Zeus se mantuvo en silencio, con el rostro duro, durante unos instantes. Luego, se relajó un poco y se volvió hacia él. El titán entendió que podía continuar.

—El castigo que has impuesto a los hombres te perjudica —dijo con atrevimiento—. Ellos están acostumbrados a vivir sin fuego, han sobrevivido largo tiempo sin conocer su secreto, contentándose con robarlo de la propia tierra. Sin embargo, ahora han aprendido a llegar hasta vosotros por medio de él. Habéis hecho que sea divino. Si los hombres no tienen el fuego, no recibiréis más ofrendas y pensarán que los habéis olvidado. Entonces, ellos también se olvidarán de vosotros.

—Me recordarán cuando sientan el enorme poder del rayo —gruñó Zeus.

—Sin duda, pero no para venerarte, sino para temerte, y al final te odiarán; bien sabes que es ahí adonde conduce el miedo. ¿Quieres su odio o su amor?

El soberano celestial se agitó tras estas palabras y su voz tronó ante Prometeo.

—Es tu insolencia lo que castigo, Prometeo. Me has engañado y has entregado a los hombres la mejor parte de los animales sacrificados. Ahora seguirás viendo cómo sufren y te consumirás sabiendo que tú has sido el causante de su sufrimiento.

Con un gesto despectivo, indicó al titán que se marchara. Sin embargo, Prometeo no se fue, sino que, inclinando la cabeza, se mostró completamente sumiso.

—Hay una solución que no os privaría del placer de los sacrificios —dijo—, y, además, ataría a los hombres a vuestra benevolencia.

Zeus le lanzó una torva mirada.

—Si vuelves a engañarme, no solo sufrirán los hombres.

Un violento silencio lo inundó todo. Mientras Prometeo mantenía los ojos clavados en el suelo, el dios pronunció una única palabra:

—Habla.

El titán se atrevió a levantar la mirada de nuevo hacia él.

—La vida de los hombres transcurre casi sin contratiempos —dijo—. Lejos de las enfermedades, intentan evitar la muerte a manos de alguno de los animales cazadores. Han desarrollado su inteligencia mucho más que cualquier otra de las razas mortales, y han aprendido a reconocer que sus vidas están en vuestras manos. Pero tienen una parte animal que los condenará a una agitación inevitable y los empu-

jará continuamente a recurrir a las fuerzas que están por encima de ellos. Si quieres someterlos de verdad, crea una hembra hermosa, seductora, y envíala a su lado. Sus vidas cambiarán para siempre: terminará la paz y comenzarán, como en los demás efímeros, las disputas por reproducirse. Cada hombre querrá perpetuarse copulando con ella, cada hombre querrá hacerla suya, y una nueva vida, dominada por pasiones irrefrenables, los atrapará para siempre.

Zeus miró al titán con ojos asombrados. En su cabeza se dibujaron los trazos de ese nuevo mundo y sus pensamientos fueron mucho más lejos que los del propio Prometeo. Imaginó la tierra gobernada por los hombres y visualizó los sacrificios, las ceremonias, la multitud humana reconociendo su autoridad de padre, los altares cargados de vísceras humeantes, y sintió un vértigo desconocido.

—¿Por qué haces esto? —dijo—. ¿Qué oculto designio se esconde en tu mente?

—He traicionado tu confianza, gran Zeus. He intentado ayudaros y, a la vez, ayudar a los hombres, y siento que me he equivocado. Solo he querido agradecerte la misericordia y la bondad que me has demostrado.

El hijo de Jápeto bajó la mirada de nuevo, esperando ganarse de modo definitivo la indulgencia del dios. Mas este, tan complacido como contrariado, dio por terminada la conversación con duras palabras.

—Has sido torpe, Prometeo. Solo eres capaz de ver lo que ha de sucederles a esos hombres, a los que has adoptado como si fueran tu propia creación. En mi mente está el mundo entero: la tierra, el cielo, los hombres y todas las razas de mortales e inmortales. Me has dado una idea que

guardaré en mi pensamiento. —Lo miró torvamente antes de pronunciar sus últimas palabras—. Mas ahora, los hombres sufrirán sin el fuego, cuyo secreto nunca poseerán. De momento es un castigo suficiente para ellos y una condena lamentable para ti.

Así habló el gran dios del cielo. Sin siquiera dirigir la mirada a su interlocutor, se levantó de su sitial y se internó en el ancho sendero de nubes que conducía al Olimpo.

Prometeo quedó en silencio, con el rostro tranquilo y el ánimo sereno: su plan se iba cumpliendo paso a paso. Cuando salió del Olimpo sintió una punzada de temor al comprender que se acercaba el momento de dar el paso decisivo.

◇◇◇

Los hombres se consumían en el interior de la gruta, agobiados por el frío y por la sensación de haber irritado al gran dios. Intentaban averiguar la causa, hacían extrañas ceremonias con la esperanza de recibir algún mensaje, pero todo esfuerzo era vano. El mundo se había vuelto frío, húmedo y peligroso, pues, sin fuego, no podían ahuyentar a los animales cazadores, que hacían presa en ellos con facilidad.

Prometeo se acercó a la gruta cuando las sombras empezaban a vencer a la luz del día. El hombre que observaba el cielo de la noche estaba de nuevo solo, ensimismado, acariciando con sus manos las brasas apagadas y la ceniza muerta. En sus ojos Prometeo creyó ver la ansiedad por conocer el secreto de las llamas, el corazón que hacía latir el fuego.

El titán se acercó despacio. Había trocado su aspecto en el de un ser mortal en todo parecido a ellos para poder llevar a cabo su plan sin despertar sospechas ni en hombres ni en



Prometeo creyó ver en aquel hombre la ansiedad por conocer el secreto del fuego.

dioses, confiando en que Zeus, como ya le había dicho, estuviera ocupado en atender alguna otra de sus muchas tareas.

Se sentó junto al hombre con cuidado, procurando no alarmarlo; durante unos segundos sus miradas se cruzaron sin que ninguna señal de inquietud perturbara sus ánimos. Prometeo no sabía si aquel hombre extraordinario podría comprenderlo, pero con naturalidad, con calma, susurró:

—Voy a enseñarte el secreto del fuego.

La criatura se sobresaltó un poco al escuchar aquellas palabras melodiosas. Se incorporó levemente y se puso en cuclillas, como si estuviera preparándose para huir y alguna fuerza oculta se lo impidiera. El titán percibió su turbación y trató de tranquilizarlo moviéndose con calma. Entonces sacó de sus ropas un hatillo cuyo contenido depositó sobre el suelo. El hombre lo miró intranquilo, pero no hizo ningún movimiento de huida.

Clavó sus ojos en las manos de Prometeo, percibiendo cada movimiento, la tersura de su piel, la longitud de sus dedos, y vio sobre el suelo un montoncito de hierba seca; aquellos dedos ligeros como el viento depositaron encima de ella, con mimo, una madera larga, casi vacía, con algunos huecos a lo largo de todo su cuerpo. En el interior de uno de ellos el ser de manos de nube encajó la desgastada punta de una caña fina y larga, haciéndola penetrar en el alma del trozo de madera, como si quisiera llenarla con parte de su ser.

Entonces las manos se estiraron, ligeras como alas y, juntando las palmas, contuvieron en su interior la larga caña. Con movimientos rápidos, la dotaron de vida, haciendo girar en su interior el largo cuerpo de la varita. Una y otra vez

giraban las manos, como gira el viento dentro de las grietas abiertas en el cuerpo de las montañas.

Un sonido agudo nacía del rozamiento de la vara con la caña hueca y llegaba a los oídos del hombre, que, atónito, aguzaba sus sentidos, intentando comprender: los ojos abiertos y centelleantes como la luna que asoma entre los anillos de niebla en las noches de invierno, la frente arrugada, el rostro inclinándose a un lado y a otro, intentando percibir mejor los movimientos de aquellas manos asombrosas.

Repentinamente un hilo de humo brotó del punto hueco en que caña y vara se tocaban. El hombre se agitó, movió la cabeza de un lado a otro; de su garganta surgieron de nuevo los gruñidos de otro tiempo; su instinto se paralizó, adormecido por el deseo de comprender. Fijó su atención en el humo que, poco a poco, se hizo más espeso, hasta que la minúscula alma del fuego empezó a destellar igual que las antorchas encendidas que había visto tantas veces suspendidas del techo de la noche.

El ser de manos suaves, tan semejante a él, cogió un poco de la hierba seca que había dejado sobre el suelo y la acercó al lugar donde la chispa encendida coloreaba de sangre la caña hueca. Entonces acercó ambas cosas a su boca y sopló con suavidad sobre el naciente fuego. En un instante, después de varios soplidos, su aliento hizo brotar con fuerza una pequeña lengua de fuego. La llama comenzó a devorar la hierba y las briznas secas, y fue creciendo, haciéndose más grande, alimentándose con el cuerpo de las ramas.

Prometeo miró al hombre, en cuyo rostro se sucedían expresiones de asombro, ansiedad y alegría al contemplar la hoguera. El titán dejó junto a él los utensilios que escondían

el secreto del fuego y, antes de irse, vio que en la cara de aquella criatura se dibujaba una ancha sonrisa, tan luminosa, tan brillante, que sería capaz de aclarar los contornos del sombrío sendero de su propio futuro.

⋄⋄⋄

Los hombres danzaban enloquecidos alrededor del fuego. Cada uno de ellos se acercaba y añadía algún pedazo de madera seca mientras las llamas crecían y crecían. Sobre la hoguera, una nube de efímeras pavesas se elevaba hacia el oscuro cielo de la noche, y su crepitar se mezclaba con los gritos de alegría de los hombres. El fuego había vuelto, y ya no se iría nunca más.

Ajeno a la algarabía general, el hombre que había aprendido el secreto del fuego buscaba con la mirada al extraño benefactor de manos de nube y escudriñaba con sus ojos penetrantes las sombras de la noche, intentando entender lo que había sucedido. ¿Quién era aquel ser? ¿De dónde había venido? ¿Era acaso un enviado del gran dios amontonador de nubes? Su mente inquisitiva hervía ansiosa, estimulada por un irrefrenable apetito por comprender.

Desde el Olimpo, sin embargo, la tierra entera parecía el oscuro lecho del inframundo. Abrazada por la oscuridad, solo los sonidos de la vida ascendían hasta la morada del gran dios, ensimismado ante el punto de luz que, a lo lejos, parecía temblar como una estrella perdida. Concentró su mirada en el anaranjado círculo de luz y percibió el olor inconfundible de la madera quemada; el olor del fuego.

Gritó encolerizado y el cielo mugió igual que el océano al estrellar su furia contra los cantiles de una costa desierta.

Al momento, comprendió que Prometeo lo había engañado una vez más, entregando el secreto del fuego a los hombres.

Tuvo una primera sensación de sorpresa ante tal atrevimiento. ¿Qué clase de sentimiento hacia los hombres podía hacerle arrostrar el riesgo de su cólera? Pero el dios comprendió enseguida que la acción del maldito hijo de Jápeto iba mucho más allá: en realidad, estaba desafiando el nuevo orden del mundo, el orden que los olímpicos, con él al frente, habían luchado tanto por establecer. En la mente de Zeus se abrió camino el miedo y, como la lengua de un fuego inextinguible, se filtró la certeza de que Prometeo, el previsor, estaba cumpliendo un plan premeditado.

Zeus llamó a los demás dioses y sobre las rocosas crestas del Olimpo tuvo lugar una reunión de inmortales convocada por un rey asustado. Mas, cuando se disponía a comenzar un discurso que conjurara su propio miedo, la sombra de Prometeo se proyectó sobre el lugar de la divina asamblea. Los dioses abrieron paso al formidable titán, cuyo rostro reflejaba una extraña calma, como si ya hubiese visto de antemano la escena que se iba a desarrollar.

—Aquí estoy, Zeus. Aunque quisiera, no podría esconderme de ti.

Eran palabras nacidas de la serenidad, de la aceptación. Por un momento el dios pareció dubitativo y los demás inmortales percibieron sus dudas con inquietud. Zeus se daba cuenta de que toda su obra, todo su poder estaba en juego. Se dirigió hacia donde estaba el titán y habló sin permitir que la cólera tiñera ni una sola de sus palabras.

—No me dejas otra alternativa, hijo de Jápeto. Has herido mi alma inmortal y has traicionado la inmensa confianza

que había depositado en ti. A pesar de mis advertencias, me has vuelto a engañar, desafiando mis órdenes y despreciando mi autoridad.

Levantó la mano derecha indicando así a Prometeo que no deseaba escuchar ni una sola alegación. Endureció su rostro y llenó sus palabras con el tono creciente de la cólera.

—Te alegras porque has robado el secreto del fuego para entregárselo a los hombres y has burlado mi inteligencia. Yo te digo que has labrado su infortunio y el tuyo propio, pues, a cambio del fuego, daré a tus protegidos el regalo envenenado que tú mismo me mostraste, un mal con el que todos ellos, pobres infelices, se alegrarán, mientras acarician cada día su propia desgracia. Que tengan el fuego y que lo utilicen en los sacrificios para ofrendarnos las partes de los animales que nos corresponden. Haremos así del vínculo que has creado entre su mundo y el nuestro la razón fundamental de su sometimiento. Pero no por ello evitarán conocer el miedo, la enfermedad, el sufrimiento y la discordia.

Dejó entonces Zeus de mirar al atribulado hijo de Jápeto y se dirigió a los demás dioses: ordenó a Hefesto, el divino artesano, que modelara con barro la imagen de una hermosa hembra mortal, semejante en todo a las diosas eternas.

—Esmérate en tu trabajo —añadió—. No tengas prisa, moldea con calma y haz que tu esposa, la bella Afrodita, te sirva de modelo. Reproduce las curvas de su cuerpo, las líneas de su vientre y la dulzura de sus ojos; haz que sus piernas parezcan suaves y, a la vez, firmes columnas capaces de sujetar sin esfuerzo el hermoso edificio de su cuerpo.

Pasando la mirada por encima de Prometeo, como si el titán no estuviera allí, se dirigió luego a su hija Atenea.



Zeus ordenó a Hefesto que modelara la imagen de una hermosa hembra mortal.

—Y tú, hija mía —dijo con delicadeza—, haz que penetre en su ánimo la destreza para tejer la ropa, la habilidad para hilar finamente la lana y bordar encajes de exquisita belleza, con los que regalarse esplendor a sí misma y encantar los sentidos de los demás.

Después, haciendo que su voz se llenara de arrogancia desafiante, ordenó a la bella Afrodita que infundiera en esa mujer la gracia más delicada, la más irresistible sensualidad, cualquier arma que la diosa conociera y que pudiera hacerla capaz de seducir la imaginación de todo hombre. Finalmente, recreándose con placer en cada palabra, ordenó a Hermes que la dotara de un carácter taimado y sagaz pero, al mismo tiempo, voluble.

Calló el gran dios y fijó su mirada en el titán.

—Por último, Hermes, tú llevarás este regalo a Epimeteo. Lo aceptará sin duda —dijo entre carcajadas.

Prometeo aparentaba una tristeza infinita. No dijo nada, pero en sus labios se dibujó una tenue sonrisa; lo envolvió una sensación de calma, incluso de felicidad, pues, con la creación de aquella primera mujer, el mismo Zeus garantizaba la supervivencia del linaje de los hombres.

◇◇◇

El viento rugía sobre el risco y los copos de nieve se clavaban en su torso como dardos helados lanzados por las nubes; a su alrededor, la desolación era infinita: rocas cubiertas de nieve, arbustos pegados a la tierra para resguardarse de la fuerza del viento, pequeñas nubes formadas por innumerables gotas de escarcha que ascendían hacia las cimas dibujando espirales azuladas sobre los altos y los valles. A sus pies, solo el abismo.

Cumpliendo la orden de Zeus, Prometeo había sido arrastrado hacia el lugar de su suplicio. Durante el penoso recorrido se había sentido herido, maltratado al recordar cada una de las palabras de Zeus, y, tan cerca ya de sentir sobre su cuerpo la terrible cólera del dios, su ánimo había vacilado, atrapado por el miedo.

Sintió sobre su carne el frío metal de las cadenas, las hirientes aristas de la roca, la terrible y honda vibración de los golpes sobre sus manos y tobillos. Pero, también, el dolor de Hefesto al obedecer el terrible mandato de Zeus, sus dudas, su convencimiento de que el rey de los dioses actuaba injustamente.

Desde aquel fatídico día Prometeo no dejaba de preguntarse si el comportamiento tiránico de los inmortales se vería frenado por la culpa que su propia desgracia había despertado en el Olimpo. Estaba seguro de que los dioses sabían que la decisión de Zeus había sido injusta, emitida solo para salvaguardar su poder. Quienes, con el inexorable paso de los días, habían llegado a aquellos parajes devastados habían sentido la misma piedad por él: Océano y muchas de las oceánides, oí, el propio Hermes… todos le habían dado el mismo consejo: que aceptara la autoridad del rey de los dioses y que comprendiera que todo intento de oponerse a sus designios era completamente vano. Mas ya era tarde.

Ahora, con el cuerpo destrozado, se aferraba a su propia conciencia, a la única sensación de paz que era capaz de sentir en aquel lugar oscuro, permanentemente cubierto por los hilos de niebla desprendidos de las nubes. De vez en cuando, en las escasas ocasiones en que el sol y el viento deshacían aquellos mares blancos que cubrían el cielo, proyectaba su mirada sobre



Quienes habían llegado a aquellos parajes, habían sentido piedad por Prometeo.

la tierra, de cuya superficie brotaban columnas de humo y fogonazos de luz nacidos del fuego. En las noches claras, cuando la quietud se adueñaba del mundo, Prometeo observaba sobre la tierra la multitud de rastros del fuego y se complacía al comprobar que la raza de los hombres prosperaba cada día. Con su sagaz inteligencia, aquellas criaturas habían aprendido a utilizar el fuego de muchas formas diferentes, dando lugar al nacimiento de técnicas y artes.

El titán, encadenado sobre los abismos del Cáucaso, había perdido ya la noción del tiempo. Se había acostumbrado a su tormento, y ya no tenía miedo. Revivía, sin embargo, los primeros tiempos de su cautiverio, invadidos día y noche por el miedo al dolor que laceraba su cuerpo permanentemente, y se estremecía al recordar las palabras de Zeus el día en que lanzó el doble castigo; uno, en forma de mujer, sobre los hombres; el otro, terrible y eterno, contra él.

—Serás encadenado para siempre sobre una roca del lejano Cáucaso. Ante todos los inmortales, juro que tus brazos y tus manos se lacerarán eternamente sosteniendo el peso de tu cuerpo —dijo con solemnidad.

Prometeo se estremeció entonces ante la crueldad del dios, y sintió miedo, pánico por el dolor que habría de afrontar para siempre. Sin embargo, Zeus no había terminado.

—Una vez encadenado —añadió—, verás cómo un águila desciende de las cumbres para posarse sobre tu torso, desgarrar tu cuerpo y devorar tus vísceras enterrando su pico en tus entrañas. Lo hará despacio, saboreando cada pequeño trozo de carne, y, a la caída de la tarde, abandonará tu cuerpo y esperará sobre el risco a que la luz del amanecer anuncie el nuevo día. Entonces, volverá a devorar tus tripas, que, cada

noche, en medio del silencio, se regenerarán lentamente, para que puedas sentir su lacerante borboteo.

Ya no tenía miedo al recordarlo; y el dolor, a fuerza de experimentarlo cada instante de su vida, formaba parte ya de él como algo natural, tan íntimamente suyo como sus ojos, sus manos o sus recuerdos. Al contrario, su martirio lo hacía afirmarse cada día en su decisión y le producía la íntima satisfacción de creer que todo lo que había sufrido, y lo que aún le quedaba por sufrir, era un precio inevitable, pero insignificante, si con ello conseguía garantizar el progreso de la especie de los hombres.

Pero ya no le importaba. Ahora, mientras el sol comenzaba a vislumbrarse, esperaba cada día al águila de Zeus; la veía descender, chillar entre las paredes de las montañas, y oía sus gritos como quien espera que se suceda la inexorable secuencia de las cosas. Y así, mientras el ave cumplía con su cometido, ajena a las reflexiones de su víctima, Prometeo se complacía tanto en contemplar el progreso de los hombres que apenas sentía el pico del ave devorando el interior de su cuerpo.

Toda su vida cobraba sentido con cada hoguera que se encendía en la tierra, cada horno que convertía los granos molidos en pan, cada taller en que el fuego transformaba el barro o el metal, cada olla que, hirviendo, mudaba hierbas, raíces y hojas en algún remedio contra las enfermedades.

Y, sobre todo, Prometeo sentía haber cumplido su misión al ver que cada día, cada noche, el primer llanto de los recién nacidos se mezclaba con el último lamento de los que morían, haciendo que la sucesión de la vida se perpetuara para siempre. En su interior, sabía que los dioses no podrían

prescindir ya de aquella raza de criaturas efímeras que, gracias a él, se habían convertido en reyes de la tierra.

Por fin creía que su propio sufrimiento tenía un sentido, una razón de ser. Por fin creía que, de verdad, había hecho honor a su nombre.

5

Prometeo liberado

Un alarido llenó cada hueco del abismo. Varias edades del mundo se habían cumplido desde que los ecos de los gritos de Prometeo inundaban los valles del Cáucaso y, como el lejano lamento de un cachorro abandonado, llegaban hasta las laderas del Olimpo. El gran Zeus los oía de vez en cuando, durante los momentos en que el silencio dominaba la tierra, pues el gran soberano, descontento, la había vaciado en diversas ocasiones. Entonces cerraba los ojos y arrugaba su frente, atrapado por sentimientos encontrados que ni siquiera él, padre de dioses y hombres, podía evitar.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde el día en que dio la orden de encadenarlo en aquella roca? Innumerables generaciones de mortales habían vivido y muerto, extinguidas sus razas enteras por el soberano celeste a causa de sus imperfecciones, sus desmesuras, sus demencias, pero vueltas a crear por los mismos dioses, porque el vínculo que Pro-

meteo había establecido a través de las ceremonias y los sacrificios no había hecho más que ahondar las relaciones de dependencia mutua entre efímeros y eternos. Cada día, casi a cada hora, todos los inmortales, y especialmente él mismo, eran honrados con sacrificios de animales que vertían su sangre sobre los altares erigidos al lado de los templos.

Con tanto tiempo cumplido, Zeus reconocía en su interior que el titán había obrado con extrema previsión: los hombres, gracias al conocimiento del fuego y al don de la palabra, habían progresado de manera que ni él mismo hubiera sido capaz de imaginar, y, aunque la presencia de mujeres había complicado su existencia tanto como la había hecho llevadera y viable, ahora la raza de los hombres era capaz de reproducirse como cualquiera de los otros seres de la tierra y se proyectaba hacia el futuro con seguridad y confianza.

El dios había aceptado por fin que ningún otro de los seres efímeros podía compararse a los hombres. Ellos habían transformado el mundo: construían ciudades, dominaban a los otros animales, utilizándolos para arar la tierra o transportar de un lado a otro los más variados productos; se atrevían a estudiar los secretos de los cielos y a discurrir remedios contra las enfermedades; surcaban los abismos del mar sobre naves impulsadas por la fuerza del viento o de sus brazos, y eran capaces de desafiar calmas y tempestades.

Ahora la tierra estaba repleta de edificios dedicados a los dioses; en ellos habían construido altares sobre los que a diario ardían las vísceras de los animales sacrificados, llenando el aire con el delicioso olor de la carne asada.

Inevitablemente, el gran Zeus, al que todos los hombres invocaban como padre y garante de la justicia universal, se preguntaba con frecuencia si había sido justo con el hijo de Jápeto. El paso del tiempo no solo había hecho prosperar y progresar a los hombres, sino también a los dioses y a él mismo: ya no era el joven dios inexperto e impulsivo que se había visto obligado a imponer su autoridad a toda costa. El orden olímpico del mundo estaba bien asentado y en el horizonte no podía preverse nada ni nadie que desafiase su poder. Los hombres lo temían; los dioses también.

Algunas veces, especialmente cuando le llegaba algún eco del sufrimiento de Prometeo, creía que, en realidad, le debía su agradecimiento, pues, durante el incontable tiempo que llevaba encadenado, él había llenado el mundo con hijos suyos nacidos de mujeres mortales, de manera que su derecho a reinar no estaba basado solo en la fuerza, en la victoria sobre enemigos formidables y en el comportamiento inflexible que había mostrado contra todo el que había osado dudar de su poder; ahora su prerrogativa a reinar en el Olimpo y en el mundo estaba basada también en un derecho de sangre.

Tensó la mandíbula y frunció el ceño, intentando encontrar una salida, un resquicio para poder mostrarse benevolente con Prometeo sin poner en riesgo su autoridad, pues recordaba amargamente que había jurado ante todos los demás dioses que el castigo del titán sería eterno. Su frente se arrugó un poco más al comprobar que incluso él, Zeus, el señor del universo, era prisionero de sus propios actos.

◇◇◇

La rosada claridad de la aurora teñía ya las crestas del Cáucaso. El oscuro manto de la noche se retiraba poco a poco, derrotado momentáneamente por los dedos de luz que iban

rozando la piel de colinas y barrancos, y, con cada caricia, las voces de la vida se desperezaban alrededor del abismo sobre el que colgaba el desdichado Prometeo.

Ya no era capaz de imaginar la vida de otra forma, ni de sentir que el paso del tiempo pudiera depararle algo que no fuera el sufrimiento permanente y el desconsuelo de la soledad. Abría los ojos y dejaba que el tenue calor de los primeros flecos de luz acariciara su cuerpo lacerado. Era solo un instante, pues con el día se reanudaba inexorablemente su martirio. Mas, antes de que su dolor se renovara, concentraba su atención en la tierra. Ahora el mundo era irreconocible y Zeus le había dado la oportunidad de observarlo con detenimiento. Después de tanto tiempo transcurrido, después de haber reflexionado bajo el manto de la soledad y del silencio durante los innumerables días y noches de su cautiverio, sentía que su extremo sufrimiento era un mal necesario, un mal insignificante a cambio del progreso de toda la especie humana. Casi sin darse cuenta, había elaborado una línea de pensamiento que mitigaba plenamente su dolor, pues estaba convencido de que el florecimiento de los hombres en conjunto solo podría conseguirse a cambio de un sacrificio individual. Pensó en un término que definiera a los mortales que, como él, habrían de llegar a esa misma conclusión, convencidos de que su renuncia sería la clave del triunfo de su comunidad. Y una palabra acudió volando a su mente: héroes.

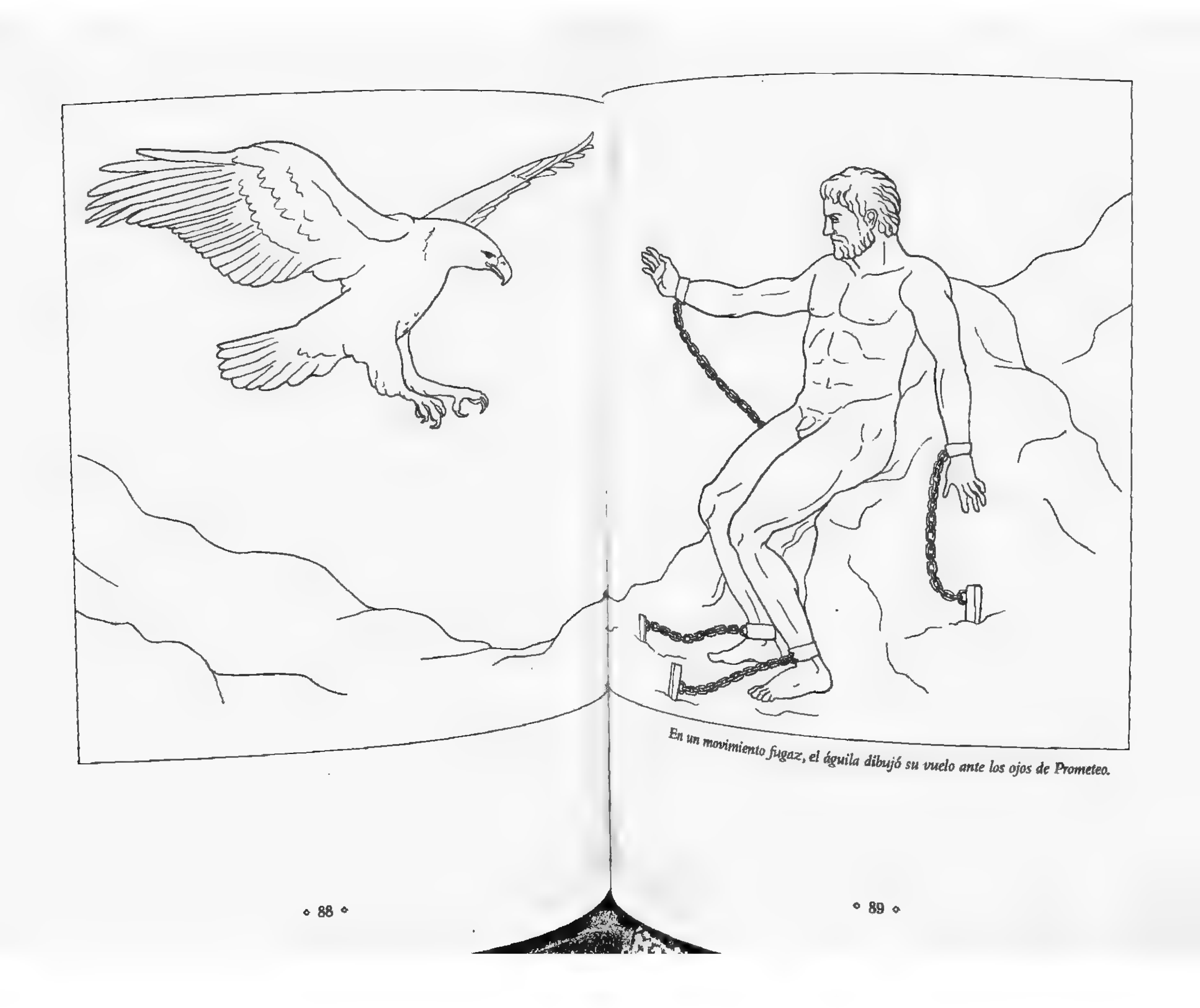
Un grito agudo lo sacó de su ensimismamiento. El águila de Zeus se desperezaba en su nido. Todavía esperaría a que el sol se levantara un poco más sobre el horizonte para volar hacia el risco donde su cuerpo, inmovilizado e indefenso, le serviría un día más de alimento. De nuevo sentiría sus garras,

punzantes como puntas de flecha, clavarse sobre su carne; notaría el olor agrio del cuerpo del animal, el viento provocado por las enormes alas batiendo el aire y el pico, la cabeza entera de la rapaz penetrando en su cuerpo, hurgando en su interior, lacerando sus entrañas.

Suspiró profundamente y esperó, resignado. Clavó los ojos en el cielo azul, dibujado entre las cumbres, y se preguntó, como tantas otras veces, si alguna vez cesaría su terrible castigo. No intentaba exculparse y, a pesar de que consideraba a Zeus un despiadado tirano, sabía que él había desafiado su autoridad y alterado el desarrollo de las cosas. Aceptaba el castigo; era inevitable, pero tenía la esperanza de que Zeus, convertido ya en un rey estable cuyo cetro nadie osaba amenazar, aliviara un poco el peso de su eterna agonía.

Mas ¿cómo podría ceder el gran dios después de haber jurado ante los demás inmortales que el titán nunca sería despegado de la roca ni liberado de las cadenas que lo unían a ella? Prometeo comprendía que su suerte no podría cambiar sin que la autoridad del propio Zeus se viera seriamente comprometida. Por alguna razón que no era capaz de adivinar, su propia vida, la de los dioses y también la de los hombres estaban sujetas a leyes profundas y antiguas; leyes de vigencia eterna, inalterables, asentadas en territorios inaccesibles a la voluntad terrena y divina. A lo largo de noches enteras empapado por el helado rocío de la montaña, había comprendido de manera lenta y dolorosa que, en realidad, la omnipotencia no estaba ni siquiera al alcance de Zeus.

El grito del águila rasgó el silencio de la mañana. Una sombra fugitiva se esbozó sobre la pared de roca situada enfrente. En un movimiento fugaz, el ave dibujó su vuelo



En un movimiento fugaz, el águila dibujó su vuelo ante los ojos de Prometeo.

ante los ojos de Prometeo, que esperó con los ojos cerrados a que las garras se clavaran en su vientre. Sabía el tiempo que tardaría el águila en recorrer la distancia que la separaba de él; sabía por dónde llegaría, sobre qué lugar exacto de su cuerpo se posaría, por dónde empezaría a abrir la honda brecha que le permitiría picotear en sus vísceras. Todo lo sabía ya, pues, a diferencia de los hombres, el comportamiento de los animales era completamente previsible.

Percibió el acre olor del ave, apretó las mandíbulas y contrajo el vientre. En un segundo las terribles uñas penetraron en su carne, y, una vez más, no pudo ahogar un grito. No acababa de acostumbrarse a ese primer instante en que las uñas del águila se hundían en su cuerpo y se cerraban sobre él con una fuerza atroz. Abrió los ojos despacio para poder observar la inexpresiva cabeza, los ojos amarillentos, enormes, y la lengua estrecha saliendo de los dos ganchos del pico, dos arados dispuestos a labrar surcos sobre su maltrecho vientre.

Entonces llegó hasta él un silbido extraño, completamente inusual, ajeno al escaso repertorio de sonidos emitidos por el águila; en un instante, un ruido seco, sordo hizo que aflojara la presión de las garras sobre su vientre e intentara remontar el vuelo, soltando a su presa. Una larga flecha la había atravesado. En medio de chillidos agudos, el águila se desplomó hacia el abismo en un último picado convulso, desordenado, completamente diferente al vuelo elegante, potente y armonioso con el que surcaba cada día el cielo azul sobre los riscos del Cáucaso.

Una gota de su sangre cayó sobre la roca, justo al lado del cuerpo de Prometeo. El titán giró su cabeza despacio, atraído por el hedor que desprendía la superficie de la piedra, y vio que la dura piel del peñasco hervía despacio, deshaciéndose en un lento jadeo, como si aquella masa inerte, sin vida, estuviera siendo herida por un veneno nacido del averno.

Escudriñó el lugar, dispuesto a soportar la visión de algún prodigio más fuerte que la voluntad del propio Zeus, pero solo vio a un hombre. Poco a poco, fue fijando la imagen de quien avanzaba hacia él. Su atuendo era extraño: una piel de león cubría su cuerpo y, sobre su cabeza, como una corona de puñales de marfil, los dientes de la fiera le daban un aspecto temible. Llevaba el arco todavía en la mano, el carcaj colgando y una enorme espada sobre la espalda. Una maza se balanceaba sobre su cintura a medida que avanzaba hacia él.

Cuando ya estaba cerca, Prometeo advirtió que su rostro no era tan duro como le había parecido desde lejos: los ojos reflejaban calma, incluso serenidad, su piel estaba curtida por los vientos del mar y de los valles, y la expresión de su rostro emanaba una determinación que él no había visto ni siquiera en el rostro de los dioses.

Entonces aquel hombre extraño extrajo la espada de su vaina y la tomó con las dos manos. Levantó la hoja hacia el cielo y el metal centelleó, herido por los rayos del sol: Prometeo entornó los ojos deslumbrado y oyó el chasquido de aquella espada al partir uno de los eslabones de la cadena; la tensión se aflojó sobre su cuerpo y, de repente, el tiempo se detuvo, el dolor se borró de su mente, la luz que despedían los riscos pareció desparramarse sobre su cuerpo como un ungüento nacido del dulce aliento de una diosa desconocida.

El titán se incorporó despacio, intentando asimilar que aquello no era un nuevo sueño liberador, el impulso de su

propia mente torturada. Dirigió su mirada hacia el cielo, esperando que Zeus mostrara su enojo, pero no vio rastro de nubes ni de relámpagos. Sobre la tierra, los hombres se afanaban en sus tareas diarias, los animales araban los campos, tiraban de los carros, cazaban en las umbrías de bosques y selvas.

De repente se dio cuenta de que su liberador lo observaba, perplejo. Sin atreverse a bajar del peñasco, Prometeo lo miró con gesto de agradecimiento. Abrió la boca, pero no fue capaz de pronunciar una sola palabra.

—No te apures —dijo el liberador—. Tus gritos me han atraído hasta este lugar en el que cada día se escenifica tu martirio. Ahora, al verte, he comprendido quién eres. —Guardó un momento de silencio mientras observaba su terrible sufrimiento y entonces añadió—: Me llamo Hércules, y sé que mi padre te ha castigado eternamente. Él no puede liberarte sin faltar a sus juramentos, yo sí.

Prometeo hizo el esfuerzo de cambiar la posición de su cuerpo entumecido.

—Gracias —dijo por fin—. Has desafiado a tu padre y te expones a un castigo cruel; deberías fijarte en mí y aprender que no es posible retar a Zeus, ni siquiera siendo su hijo.

Entonces el cielo se oscureció. De la nada apareció un manto de nubes que cubrió con su densa materia las cimas del Cáucaso, y la noche se echó sobre ellas. El titán suspiró con desánimo, convencido de que su liberación había sido el último y efímero instante de felicidad de su vida. Miró a Hércules y esbozó de nuevo una sonrisa agradecida. Tensó su cuerpo, esperando alguna clase de violencia, y esperó.

Mas el dios no mostró su furia; como si solo hubiese querido mostrar su presencia y hacer ver a ambos que aprobaba

la acción de su hijo, dejó que la espesa niebla se disipara rápidamente. Los rayos del sol inundaron en un instante aquel paraje olvidado, aquella cárcel solitaria y apartada, empapada por las lágrimas y la sangre de Prometeo.

Una sensación de paz atrapó al titán, llenando su ánimo de una tranquilidad intensa, nacida en algún recóndito lugar de su memoria. Regodeándose en cada gesto, apartó las cadenas de su cuerpo y las dejó caer con estrépito al suelo; apoyó los pies en la tierra y notó con placer el blando cojín de líquenes y musgo acumulados alrededor de la roca, y no pudo evitar acercarse a Hércules y abrazarlo con fuerza.

—Debes ir al encuentro de mi padre —dijo el héroe—. Imagino que habrá de decirte algo todavía.

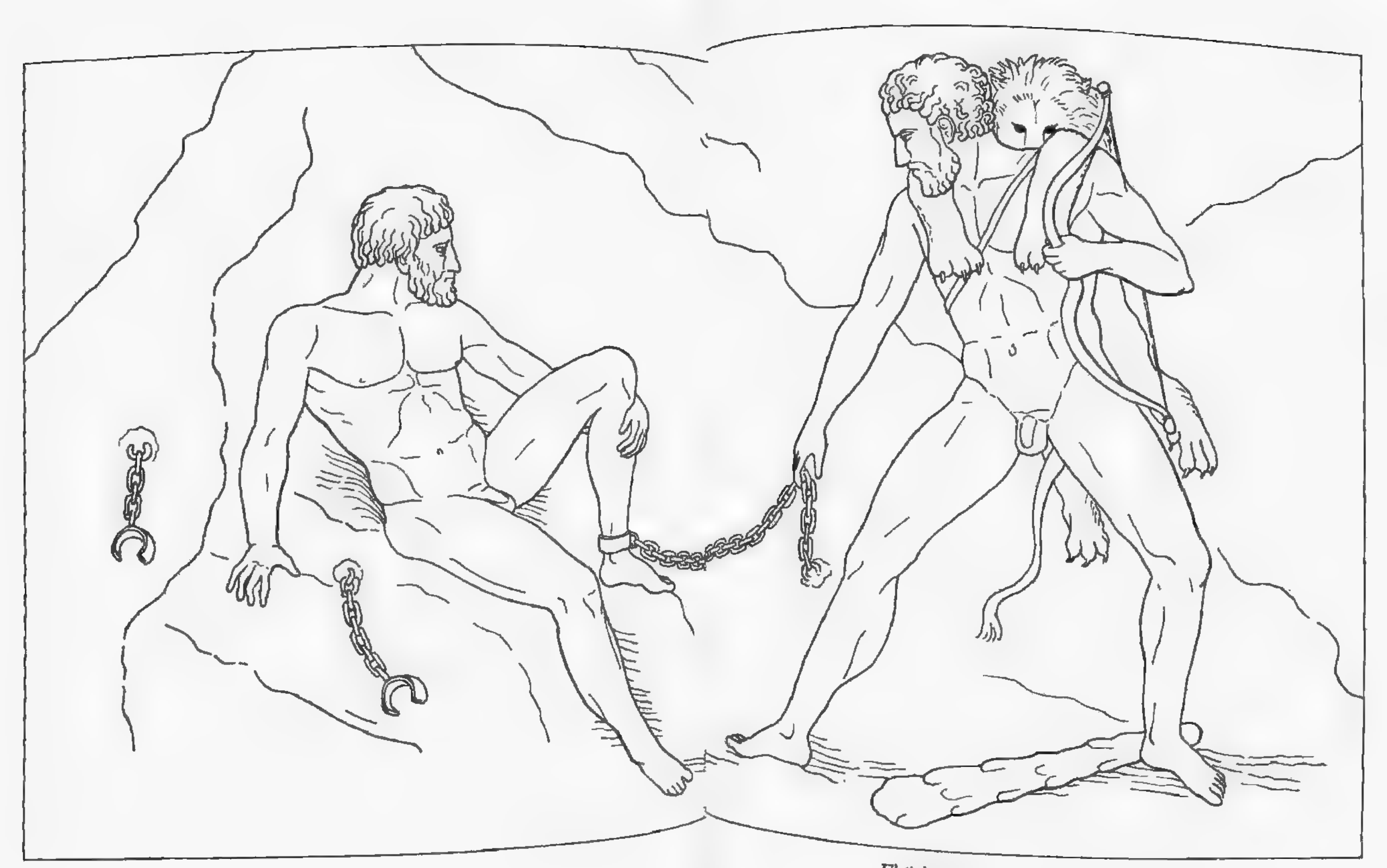
Prometeo asintió despacio. Se acercó al borde del risco y contempló los valles y las crestas de la imponente cordillera. Antes de iniciar su camino habló de nuevo a su liberador.

—¿Hacia dónde te dirigías? Supongo que no soy la razón de tu viaje.

Hércules adoptó un ademán serio.

—Me dirigía hacia el extremo occidente, en busca del jardín de las Hespérides. Debo encontrarlo y tomar algunas de las manzanas de oro que crecen en sus árboles. Esa sigue siendo mi misión.

Prometeo miró a Hércules e inició su camino hacia el valle. El héroe lo acompañó y escuchó complacido los consejos del titán de mente previsora mientras descendían las laderas del Cáucaso, perdidos entre una vegetación que nacía y se espesaba a medida que la altura iba declinando. Cuando sus caminos divergieron, Hércules ya sabía que debía dirigirse hacia el lugar en el que Atlas, el hermano de Prometeo,



El titán miró con gesto de agradecimiento a su liberador.

sostenía el peso del mundo. Una vez allí, tomaría él mismo sobre sus hombros la bóveda celeste mientras el infortunado titán se dirigía al jardín para conseguir las manzanas de oro.

—Cuando regrese con la preciada fruta —le había dicho el titán—, tu ingenio te dictará lo que debes hacer.

Hércules observó cómo Prometeo se alejaba camino del Olimpo. En él había algo extraño, difícil de precisar. Tenía un porte altivo, pero su mirada escondía un punto de tristeza y melancolía, como si estuviera luchando contra la nostalgia profunda de un mundo desaparecido para siempre.

◇◇◇

Zeus estaba sentado en el punto más alto del Olimpo. Desde allí contemplaba el mundo nacido de su esfuerzo, regido por su poder. Vio llegar a Prometeo desde lejos y se complació al contemplar el gesto abatido del titán, aunque su victoria, si es que así podía llamarse, no le causaba ya el placer de antaño. El tiempo había hecho su trabajo y, en aquellos días en que todo parecía estar definitivamente afirmado, la liberación de Prometeo le provocaba una sensación de paz. Ya no oiría más sus gritos, ya no experimentaría más el peso de su propio juramento ni se sentiría aplastado por el fardo de sus decisiones. Además, la libertad de Prometeo engrandecería todavía más a su hijo Hércules.

El titán había recorrido con placer el camino hacia el Olimpo, comprobando desde cerca lo que ya había intuido durante el largo período de su cautiverio en el Cáucaso. El mundo había cambiado para siempre; los hombres habían crecido en recursos e inteligencia hasta un punto insospechado, el vínculo que se había establecido entre ellos y los



dioses era ahora irrompible y hacía que la idea de una justicia universal estuviera presente en los patrones de la conducta humana.

Sin embargo, la sombra de una agresividad sin barreras, parecida a la de los mismos dioses, los había empujado a combatir entre ellos. Por todas partes había visto las huellas de esa violencia y había comprobado que la crueldad humana se parecía mucho a la de los eternos.

Un gesto de tristeza arrugó la frente de Prometeo cuando notó la mirada de Zeus. Tranquilo, esperó con actitud sumisa a que el dios dijera la primera palabra. La voz del señor del universo sonó distante.

—Hace ya tiempo que tu castigo está cumplido, hijo de Jápeto.

Oír el nombre de su padre provocó en el titán una profunda melancolía. Nuevamente, como en los lejanísimos días en que Zeus comenzó a reinar en los cielos, se preguntó si habría algún lugar en aquel mundo al que, alguna vez, pudiera sentirse vinculado. Levantó los ojos y, con tenue voz, dijo:

—Nunca he tratado de eludir mi castigo, pues sé muy bien que te desafié en otro tiempo.

Zeus asintió con la cabeza y miró al titán con ojos complacidos. Entonces, con gesto que parecía irónico, añadió:

—Todavía hay dos cosas que deberás hacer si quieres verte completamente liberado.

◇◇◇

Un escalofrío recorrió de nuevo el cuerpo de Prometeo al contemplar la roca ensangrentada. Como iluminada por un relámpago, su mente regresó a los innumerables días de

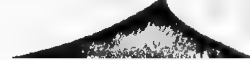
cautiverio, al vuelo del águila, al dolor punzante y profundo en su vientre. Se sentó sobre el risco y se asomó al abismo en el que su cuerpo había estado suspendido, experimentando un cúmulo de sensaciones contradictorias. Desde el cielo, la luz de la tarde iba tiñendo de rojo las faldas de los montes y el silencio, apenas roto por el rumor del viento y el canto de las aves, envolvía al titán con el manto de sus recuerdos.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que Hefesto lo había encadenado a la roca? ¿Cuántas generaciones de mortales se habían sucedido sobre la tierra? Pensó en toda su vida; hizo el esfuerzo por recordar cada suceso relevante, pero su mente se detenía siempre en los momentos en que había comenzado su preocupación por los hombres. Rememoraba el rostro inquieto y la mirada penetrante del hombre que observaba los cielos de la noche, y se preguntó dónde vivirían sus descendientes. Pensó también en su hermano Epimeteo, a quien no había vuelto a ver desde el día en que comenzó su martirio.

¿Por qué acudían a su mente aquellos momentos del pasado? Él era un inmortal y la muerte no formaba parte de sus preocupaciones: aunque los recuerdos fueran amontonándose en el saco de su memoria, no lograrían llenarlo nunca.

Sin embargo, ¡cuánto había deseado la muerte en medio de su diaria agonía! ¡Cuántas veces le había parecido que no podría soportar el dolor eternamente, y que acabaría perdiendo la razón! ¡Cómo había envidiado a los hombres y a todos los seres efímeros, cuyo dolor apenas duraba lo que el aliento helado de algunos inviernos! Mas ahora, tras oír las órdenes de Zeus, la inmortalidad era algo a lo que ya no podría renunciar.





Se levantó despacio y se encaminó hacia la roca. Zeus le había dicho que solo había una manera de salvaguardar el solemne juramento por el que se había comprometido a mantenerlo eternamente unido a la roca caucásica.

—Yo también soy previsor —le había dicho en su última conversación en el Olimpo—. He aprendido de ti, hijo de Jápeto, a utilizar tretas.

Prometeo sonrió al recordar las palabras de Zeus. Y su sonrisa creció todavía más cuando evocó la ocurrencia del dios:

—Volverás al Cáucaso y arrancarás un pedazo de la roca a la que estuviste encadenado. Cuando lo hayas hecho, tomarás un eslabón de la cadena y te fabricarás con él un anillo, cuya joya será un trozo de la piedra más preciosa que puedas imaginar: aquella de la que acaba de liberarte mi hijo. Con ese anillo ceñido a tu dedo continuarás por siempre encadenado a la roca y así conseguiremos una triple ganancia: yo mantendré mi juramento, tú podrás ser libre sin ponerme en falta y mi hijo ganará más gloria de la que ya ha ganado, pues habrá sido el único capaz de obligarnos al entendimiento.

«Una buena treta», pensó Prometeo mientras arrancaba un trozo teñido del color rojo de su sangre. Con el anillo rodeando uno de sus dedos, abandonó para siempre aquellas montañas y se dirigió, sin rumbo, hacia el abrigo del valle. La noche caía ya sobre la tierra, pero no quiso detenerse. El goce de su propia libertad y el bienestar que le producía desplazarse, moverse sin restricción alguna, lo llevaron hacia lugares desconocidos; en torno al camino, los árboles blanqueaban, acariciados por la luz de la luna.



Mientras avanzaba, pensó en Quirón, el centauro inmortal a quien Hércules había herido accidentalmente. Sentenciado a un sufrimiento eterno por la poderosa sangre de la hidra de Lerna, la ponzoña que hacía mortales las flechas del héroe, Quirón se había retirado a un lugar solitario, sobre los riscos del mar, alejado de hombres y dioses. Imaginó su sufrimiento y sintió por él una piedad infinita.

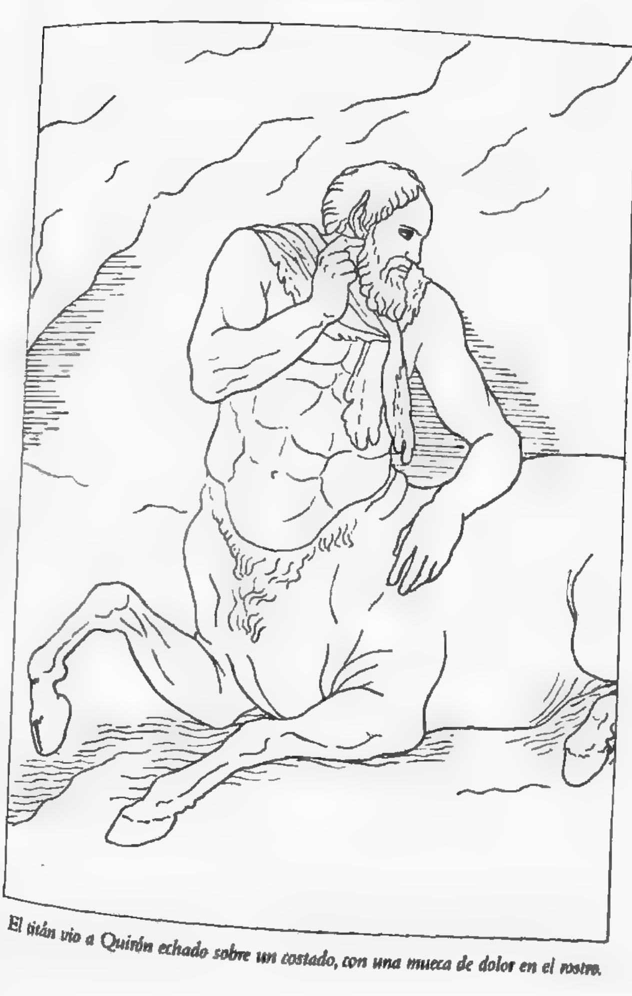
Todavía era de noche cuando el titán llegó a la cueva del centauro. A lo lejos, el silbido del viento se mezclaba con el ronco canto del mar que batía los peñascos de la costa; una fina capa de ínfimas gotas saladas, arrancadas a las crestas de las olas por el viento, llenaba de humedad la tierra y el aire.

Con ese viaje en busca de Quirón, Prometeo acataba la segunda orden de Zeus: cargar, como su hermano Atlas, con un fardo casi insoportable. Aquel había sido castigado a sostener sobre sus hombros la bóveda del cielo, cuyo peso era infinito; él, a sostener sobre los suyos la inmortalidad de Quirón. Solo así el centauro podría morir en paz y dejar para siempre el sufrimiento que lo martirizaba.

Al entrar en la gruta sintió el calor del fuego. Una luz anaranjada llenaba de calor las frías paredes, que parecían secas, tapizadas por el negro manto del humo. Quirón estaba echado sobre un costado, con la mueca de su terrible dolor fijada en el rostro. Un olor ácido, desagradable, procedente de las secreciones de su herida, impregnaba el aire con su fétido aliento.

Antes de que el centauro pudiera decir algo, Prometeo lo tranquilizó.

—Soy Prometeo, hijo de Jápeto.



El titán vio a Quirón echado sobre un costado, con una mueca de dolor en el rostro.

Quirón incorporó un poco su torso y se apoyó sobre un brazo. Miró a su inesperado visitante y habló con un deje de cansancio prendido en cada una de sus palabras.

—Sé quién eres. Tu sufrimiento ha ocupado algunos de mis pensamientos, pues creí que, como yo, estabas condenado a un suplicio eterno. Algo muy grave debe de haber ocurrido para que Zeus te haya perdonado.

El titán respondió con un tono de sincera piedad.

—Hércules, su hijo, el mismo que involuntariamente provocó con una de sus flechas tu eterno sufrimiento, es el que ha hecho variar mi terrible destino. Ahora yo, siguiendo las indicaciones del mismo Zeus, he venido a liberarte a ti.

Quirón abrió sus ojos, que, iluminados por el fuego, parecieron llenarse de una luz intensa, reflejada en el caudal de sus lágrimas. No dijo nada.

—Zeus me ha ordenado que soporte sobre mis hombros el peso de tu inmortalidad. Lo haré gustoso, aceptando estar eternamente agradecido a Hércules, su hijo, y a él mismo, quien se asegura así de que no vuelva a desafiarlo.

El centauro se incorporó despacio, abrumado por el dolor de su herida. Un chorro de humores amarillentos procedentes de su llaga se proyectó sobre el suelo, haciendo que el centauro emitiera un quejido ronco. Extendió tembloroso los brazos hacia el titán y tomó sus manos con fuerza.

Prometeo no dijo nada; apretó las manos del centauro, intentando transmitirle toda su comprensión. En ese momento, ambos sintieron que un escalofrío recorría sus espaldas. Quirón soltó las manos de Prometeo y se tumbó junto al fuego y, antes de que todo su cuerpo fuera envuelto por la quietud del descanso, exhaló un hondo suspiro.

Mientras abandonaba la cueva de Quirón, Prometeo comprendió que el dios lo había condenado a una inmortalidad sin mácula, insoslayable, ante la que ya no cabía renuncia alguna, y de que, fuera lo que fuera lo que le deparara el futuro, el inmenso futuro, estaba condenado a tener que asumirlo para siempre.

Se detuvo un momento y clavó sus ojos en el cielo. Muy lejos, rodeado por otros muchos puntos de luz, Prometeo distinguió, dibujada sobre el oscuro lienzo de la noche, la figura de un centauro. Las estrellas que componían su cuerpo brillaban con fuerza, con una luz joven, como si acabaran de nacer aquella misma noche. Sonrió complacido, sabiendo que Quirón había dejado de sufrir para siempre. Había cumplido las dos últimas órdenes de Zeus. Ahora era libre.

Encaminó entonces sus pasos hacia la cueva en cuya entrada había visto muchas veces al hombre que observaba el cielo de la noche. Sabía que ya no encontraría a la criatura extraordinaria que lo había llevado a depositar el futuro de la tierra en manos de la especie humana, pero estaba decidido a vivir en paz, como él, lejos del Olimpo y de las ciudades de los hombres. Quería intentar comprender, como él, la extraña naturaleza de aquellos seres a los que había amado más que a sí mismo, y por cuya supervivencia había asumido un sufrimiento que iba más allá de toda medida.

Al llegar a la cueva, ya amanecía. La entrada estaba cubierta de matorrales y ramaje, pero en su interior todo seguía como antes. Notó el frío, la humedad, y oyó el goteo del agua filtrándose por las paredes. Revolvió entre los trozos de madera esparcidos por el suelo y se sentó en la tierra dispuesto a contemplar, de nuevo, el secreto del fuego.

Cuando brotó la llama, Prometeo sintió sobre su cuerpo el calor de la vida. Junto al fuego, cuyo secreto había transformado el mundo, se esforzó en imaginar el futuro, prever lo que la eternidad podía depararle, pero ninguna imagen acudió a su mente.

Intentó recordar el rostro del hombre que observaba el cielo de la noche, evocó el esbozo de su sonrisa al ver brotar por primera vez las llamas, y todo su cuerpo se relajó. Prometeo se dejó abrazar por el calor del fuego, sonrió y, antes de quedarse dormido, sintió el dulce aliento de su propia libertad.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Considerado el bienhechor de la humanidad, e incluso su creador, pero también un rebelde contra la autoridad divina, el titán Prometeo constituye una de las grandes figuras trágicas de la mitología griega. Su amor por los seres humanos, a los que dio el fuego y enseñó a valerse por sí mismos, le costó ser castigado de forma ejemplar.

En un mundo dominado por dioses que pasan buena parte de su tiempo combatiendo entre sí o inmiscuyéndose de todas las maneras posibles en la vida de los humanos, sea haciéndolos objeto de sus pasiones, sea azuzando guerras y crímenes entre ellos, Prometeo descuella como el gran benefactor de la humanidad. Y lo es, al menos, en un doble sentido: como dador del fuego y, con él, de las artes y las ciencias, y, según una tradición posterior, como creador de los propios seres humanos. No es, sin embargo, ningún dios olímpico, sino un titán, esto es, un descendiente de la primera generación divina, la de los hijos de Urano (el Cielo) y Gea (la Tierra) que, con Crono al frente, alcanzó el poder antes de ser derrocada por Zeus y los olímpicos en esa guerra cósmica conocida como titanomaquia. Prometeo, a diferencia por ejemplo de su hermano Atlas, participó en ella al lado de Zeus, lo que no le impidió más tarde ser ejemplarmente castigado por él. Y todo por amor a los hombres.

El nombre de Prometeo quiere decir «previsor», y todo en él hace justicia a ese significado, aunque Esquilo (525-456 a.C.), en la tragedia *Prometeo encadenado*, haga que la Fuerza se mofe de él mientras Hefesto aprieta los grilletes que dejarán al titán preso en la soledad del Cáucaso: «Con falso nombre —le dice— los dioses te llaman Prometeo, cuando tú mismo tienes necesidad de un previsor para saber de qué manera te librarás de tal artificio». No obstante, el titán no solo es previsor, sino que también goza del don de la profecía, y es esa facultad la que lo lleva a sumarse al bando vencedor en la titanomaquia y también a hacer todo lo que hace a favor de los hombres: conocedor de las consecuencias de sus actos, sabe igualmente que al final será él quien triunfe.

EL REGALO DEL FUEGO

Las tradiciones más antiguas hablan de Prometeo como benefactor de la humanidad, no como creador. Por ejemplo, la *Teogonía* de Hesíodo, un poema del siglo VII a.C. que narra el origen del mundo y el triunfo de los dioses olímpicos sobre los titanes, lo muestra enseñando a los hombres a valerse por sí mismos mediante argucias poco menos que sacrílegas, que priman el interés humano por encima del respeto a la divinidad. No de otro modo puede interpretarse el engaño urdido a la hora de repartir los restos de un buey sacrificado a Zeus. En el mismo poema se encuentra también el episodio del robo del fuego: Zeus, profundamente ofendido por la artimaña del sacrificio, castiga a los hombres negándoles el fuego y condenándolos así a vivir entre tinieblas, en un sentido tanto físico como simbólico, es decir, privados de la luz que otorga el conocimiento. Prometeo de nuevo acude en su ayuda, robando

El titán rebelde

La faceta de creador y benefactor de la humanidad de Prometeo va indisociablemente unida a la de rebelde, pues es por favorecer a la humanidad por lo que se subleva contra la autoridad legítima, pero tiránica, de Zeus. La rebeldía, sin embargo, conlleva el castigo, y eso es lo que sufre el titán y lo que le transmite a su figura esa aura trágica que tantas y tantas obras de arte ha inspirado a lo largo de la historia. Pero el hijo de Jápeto no es el único rebelde de la mitología o las religiones. Resulta tentador relacionarlo con el rebelde por antonomasia del cristianismo: Satán, el más bello de los arcángeles que se alzó contra Dios y, por ello, fue castigado para toda la eternidad. Pero ahí acaban las similitudes entre ellos, en el acto de rebeldía, pues sus motivaciones son muy diferentes: en el caso de Prometeo, lo que lo lleva a oponerse a una fuerza omnipotente es el amor que siente hacia los seres humanos. En cierta medida, su rebeldía tiene mucho de sacrificio, pues el bien de la humanidad solo se consigue a través del dolor y el sufrimiento. Es por esa razón por la que algunos apologetas del cristianismo, como Tertuliano (h. 150-h. 220), vieron en él un símbolo de Jesucristo. Satán, en cambio, es egoísta, se opone a Dios porque quiere ocupar su trono. La envidia, la ambición, el odio y el deseo de grandeza son sus únicas metas. Y cuando cae, lejos de someterse a la voluntad divina, lo que hace es continuar su lucha en la Tierra, tentando y abocando a la perdición a esos mismos hombres y mujeres por los que Prometeo se había sacrificado.

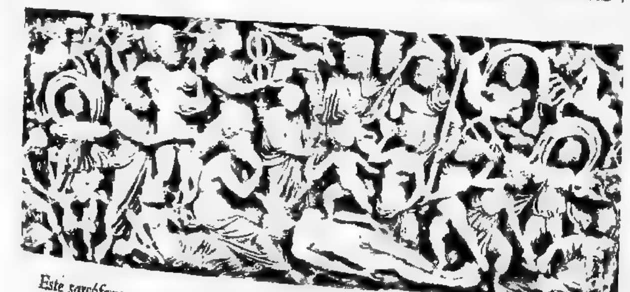
el fuego guardado en el Olimpo y se lo regaló a los hombres, que de este modo pueden cocinar sus alimentos, calentarse, iluminar sus cuevas y, a partir de ahí, trabajar los metales, fabricar herramientas, levantar sólidas casas y, en suma, conocer y dominar el medio en el que viven. El resplandor ígneo aparece, pues, como origen de todas las artes. En agradecimiento, en varios lugares de Grecia este regalo del fuego era celebrado con carreras rituales de antorchas, las llamadas lampadedromías, las más importantes de las cuales eran las Prometeas, que se celebraban en el Cerámico de Atenas, un barrio poblado por alfareros y artesanos que tenía a Prometeo como patrón.

Bastante posterior, quizá del siglo IV a.C., es la tradición que hace del titán el artífice de la humanidad, a la que habría modelado a partir de una mezcla de agua y tierra. En el siglo II a.C., es recogida por la *Biblioteca mitológica*, un recopilatorio del que se desconoce el autor destinado a difundir los principales mitos entre unos lectores y estudiantes que ya no estaban tan familiarizados con ellos.

Hasta entonces no hubo en Grecia un mito consolidado al respecto. Hesíodo, por ejemplo, se limitaba a hablar de cinco razas humanas que habrían vivido en otras tantas edades: las de oro, plata y bronce, la de los héroes y la de hierro o «actual», pero sin concretar cómo se formaron ni por quién. Otros mitos locales hablaban de un primer hombre que habría brotado del suelo, como Pelasgo en la Arcadia o Cécrope, mitad hombre y mitad serpiente, en el Ática. Y los había también que hacían descender a los humanos de animales, como el pueblo de los mirmidones, creado a partir de las hormigas... La versión del barro, sin embargo, acabó imponiéndose.

Cabe destacar la presencia de este motivo en un bajorrelieve romano del siglo III d.C. (Museo del Louvre de París) en el que aparece Prometeo modelando en el torno del alfarero a los hombres. Más sorprendente resulta un sarcófago de mármol del siglo IV d.C. conservado en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles, en el que, con el barroquismo habitual en este tipo de obras, Zeus, Poseidón y Hera, entre otras divinidades, rodean a Prometeo y el cuerpo, aún inerte, que acaba de crear. Entre ellas se encuentra también la Parca, dispuesta a hilar la hebra de la existencia del hombre.

Se trata de una antropogonía o mito de la creación humana que remite a otras muy extendidas en Oriente. Así, un antiguo mito sumerio, que se remonta al segundo milenio a.C., evoca cómo la pareja de dioses Enki y Ninmah modeló al primer hombre con arcilla. Como Prometeo, Enki les dio a sus criaturas las artes y los oficios para que pudieran defenderse solas. Y, por supuesto, recuerda el relato de la creación contenido en la Biblia y compartido por el judaísmo y el cristianismo. En el segundo capítulo del libro del Génesis se lee cómo Dios hizo al primer hombre, Adán, el sexto día de la creación: «El Señor formó al hombre del polvo de la tierra, le insufló en sus narices un hálito de vida y así el hombre llegó a ser un ser viviente».



Este sarcófago romano del siglo IV d.C. presenta en el centro a un Prometeo pensativo, cuya mano reposa sobre un cuerpo humano que acaba de modelar. A su alrededor se amontonan toda una serie de divinidades que esperan el momento en que ese cuerpo cobre vida. La obra, hallada en Pozzuoli (Italia), se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles.

LA FASCINACIÓN POR LA REBELDÍA

La gran obra literaria que trata el mito del hijo de Jápeto es la mencionada tragedia *Prometeo encadenado*, atribuida a Esquilo. Como era habitual en la Grecia clásica, se trataba de una parte, en este caso la primera, de una trilogía de cuyos otros dos paneles (*Prometeo liberado* y *Prometeo portador del fuego*) solo nos han llegado fragmentos. *Prometeo encadenado* incide en la imagen del titán como bienhechor de la humanidad frente a un Zeus, «el joven caudillo de los Felices» (los dioses del Olimpo), retratado como un tirano. Como explica el mismo Prometeo, fue él quien convirtió a los hombres en unos seres inteligentes, dotados de razón. Si al principio «miraban sin ver y escuchaban sin oír, y semejantes a las formas de los sueños todo lo mezclaban al azar», gracias a sus esfuerzos conocieron las artes de la arquitectura, la escritura, la medicina, la metalurgia y la adivinación.

Posiblemente por todo lo que tiene de desafío a la divinidad triunfante, aspecto que llega a eclipsar ese otro de bienhechor de la humanidad, Prometeo apenas encontró eco en la literatura medieval o barroca. Hubo que esperar hasta el romanticismo para que el mito emergiera con toda su fuerza. Entre 1772 y 1774, en pleno *Sturm und Drang* (Tormenta e Ímpetu), el movimiento alemán que abogaba por la subjetividad en la creación artística, Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832) escribió un poema dramático, *Prometeo*, en el que el titán es retratado como el primero en rebelarse contra la autoridad y como un artista. La obra quedó inacabada, pero el monólogo del tercer acto hizo fortuna en forma de oda gracias a unos versos que en su tiempo fueron interpretados como una negación de la misma existencia de Dios: «¿Honrarte yo a ti? ¿Por qué? [...] ¡Aquí me tienes; plasmo al hombre a semejanza mía,

una raza igual a mí, para que padezca, para que llore y goce y se alegre, sin hacer, como yo, caso alguno de ti!».

Ese mismo espíritu de rebeldía late en el inglés Percy Bysshe Shelley (1792-1822), quien concibió su poema dramático *Prometeo liberado* como una continuación de la tragedia de Esquilo, pero sin dejar lugar a reconciliación alguna entre el defensor de la raza humana y quien quiere oprimirla y destruirla, un Zeus (Júpiter en la obra) visto como la personificación del poder arbitrario, del mal. Derrocarlo supone la liberación del hombre, que entra así en una nueva época marcada por la unión con la naturaleza. En el mismo círculo de Shelley, la figura de Prometeo inspiró otras obras: en su amigo Lord Byron (1788-1824), un poema que es una loa al titán cuyo «crimen divino fue ser bondadoso»; en su esposa Mary Shelley (1797-1851), la novela *Frankenstein o el moderno Prometeo*, un clásico de la literatura gótica en el que la referencia al hijo de Jápeto nada tiene que ver con el rebelde ni tan siquiera con el benefactor, sino con el creador de la humanidad. Como Prometeo, el protagonista de la historia, Víctor Frankenstein, quiere dar vida a lo inanimado, crear una criatura, jugar a ser un dios. Esta novela ha tenido múltiples adaptaciones en el universo cinematográfico, no siempre interesadas en las implicaciones filosóficas del mito.

Por el contrario, no sucedió así con la película *Blade Runner*, del realizador británico Ridley Scott (1937), uno de los clásicos de la ciencia ficción de todos los tiempos. Siguiendo la estela del *Frankenstein* de Mary Shelley, en él aparecen unos seres artificiales, los replicantes, parecidos en todo a los humanos, excepto en su falta de empatía. El tema de la rebelión de la criatura frente a su creador aparece aquí tratado con unas imágenes desasosegantes, oscuras, claustrofóbicas, evocadoras de un futuro distópico y, en el fondo, del fracaso de Prometeo.

Una visión caricaturesca del mito es la que ofrece el francés André Gide (1869-1951) en la novela *Prometeo mal encadenado*. Ambientada en un París burgués y moderno en el que Zeus es un banquero millonario, el protagonista aparece como un conferenciante al que acompaña siempre un águila. Y no es el único que tiene un ave así: todos los seres humanos tienen la suya propia, pues el águila no es sino un símbolo de la conciencia, de las restricciones morales, la fe en el progreso... Al final, Prometeo mata a la suya, pues si Zeus ya no es ningún dios que ponga orden en el mundo, él tampoco tiene por qué ser un benefactor que siga sufriendo por los hombres. Todo el mito queda así reducido a una farsa.

LA CRUELDAD DEL SUPLICIO

El mito de Prometeo contiene escenas de gran potencia dramática que han sido un reclamo para los artistas desde la Grecia arcaica. Una de ellas es la del castigo: un cuenco de figuras negras de mediados del siglo VI a.C. conservado en el Museo Gregoriano Etrusco de Roma muestra no solo al titán encadenado con el águila devorándole el hígado, sino también a su hermano Atlas, que, como él, se rebeló contra Zeus y fue condenado a soportar la bóveda celeste.

Dando un salto en el tiempo, el Barroco, tan amante del efectismo, lo dramático y lo cruento, también se recreó con especial fruición en el motivo del castigo. Una de las representaciones más potentes es *El Prometeo capturado* del flamenco Peter Paul Rubens (1577-1640): en una composición marcada por el predominio de líneas diagonales que acentúan la tensión en el espectador, el titán encadenado lucha por apartar de sí el águila que picotea ya en la herida

abierta. Al mismo artista se debe también un boceto sobre el robo del fuego que fue llevado al lienzo por el flamenco Jan Cossiers (1600-1671): en él, el titán huye del Olimpo con una antorcha, y lo hace no sin lanzar una mirada furibunda al hogar de los dioses.

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, la nueva sensibilidad romántica hizo de Prometeo su héroe. A estos artistas les fascinaba la rebeldía del personaje, pero también la escenografía en la que tenía lugar su suplicio y que tan bien casaba con el gusto por lo sublime, concepto complejo que se refiere a la contemplación de algo sobrecogedor y terrible, que provoca horror pero al mismo tiempo atrae y fascina.

Así, las altas cumbres nevadas y los paisajes desolados del Cáucaso pueden ser fuente de lo sublime, y es en un paisaje así donde el estadounidense Thomas Cole (1801-1848) situó al titán encadenado. Con un estilo más académico, el germano Christian Griepenkerl (1839-1912) pintó cuatro telas sobre Prometeo para decorar el Augusteum de la localidad alemana de Oldenburg. La creación del hombre, el robo del fuego, Prometeo encadenado y la liberación de Prometeo son sus temas. La contención de la composición y la inspiración clásica de las figuras contrasta vivamente con la versión expresionista que el austríaco Oskar Kokoschka (1886-1980) dio del mito en 1950 en su *Tríptico de Prometeo*. A pesar de su título, solo el panel de la derecha hace referencia al hijo de Jápeto: desnudo y encadenado, el águila le devora el hígado. La pincelada rápida y nerviosa característica de este artista acrecienta la brutalidad de la escena. En cambio, en el simbolista francés Gustave Moreau (1826-1898), el mismo asunto da lugar a una escena muy diferente: Prometeo, encadenado a una peña, mira desafiante hacia el horizonte, sin reparar en el águila, aquí transmutada en un buitre, que se solaza con su hígado.




Dos maneras muy diferentes de representar el castigo al que es sometido el titán. A la derecha, El Prometeo capturado, *óleo de Rubens en el que, con todo lujo de detalles y un estilo muy próximo al de la pintura de martirios de santos, se recrea la crueldad del tormento. Prometeo se ve igualado así a los santos mártires que sufren por amor, en su caso no al dios sino a la humanidad. A la izquierda, el simbolista Gustave Moreau, quien pinta un titán orgulloso e indiferente, ajeno incluso al dolor.*

EL TITÁN EN SONIDOS

Hasta el Romanticismo, Prometeo es un personaje que dejó escasa huella en la música. Hay algunas partituras, pero de escasa entidad. La excepción es una obra juvenil compuesta por Ludwig van Beethoven (1770-1827), el ballet *Las criaturas de Prometeo*. En él, el titán aparece como el creador de la humanidad, pues las criaturas a las que hace referencia el título no son otras que los seres de arcilla que él ha modelado y a los que ha conseguido insuflar vida con el fuego del Olimpo: un hombre y una mujer. Su estética es todavía la del clasicismo, lo que se plasma en una música amable y galante, aunque puntualmente aflore ya el gran sinfonista que fue Beethoven después.

Si este Prometeo es un benefactor, el de la generación romántica se convirtió en el titán que se enfrenta al poder establecido. En su poema sinfónico *Prometeo*, el húngaro Franz Liszt (1811-1886) no pretendió describir con sonidos los episodios del mito, sino que prefirió realizar un retrato musical de su protagonista, de su audacia y temperamento. En cambio, en el *Prometeo o poema del fuego* del ruso Alexander Scriabin (1872-1915), el titán no es sino un trasunto del propio creador, de su afán por desafiar lo establecido, el estéril academicismo oficial, la mediocridad de la sociedad burguesa... Compleja, disonante, la obra acaba con un radiante acorde que simboliza la fuerza creadora, la que transmitió Prometeo a los hombres.

Si esta música mira al futuro, la del alemán Carl Orff (1895-1982) se basa en un elemento tan primordial como es el ritmo. Este es el gran protagonista de *Prometeo*, una ópera que usa como libreto el texto de Esquilo, y en su lengua original. Con ella el compositor se propuso revivir el espíritu de las antiguas tragedias griegas, que en origen eran cantadas.

Índice